



Crónicas de la memoria histórica de Soacha

Voces y Rastros: crónicas de la memoria histórica de Soacha / Miguel Ángel Castiblanco, Ángela Mireya Vega Gómez, Paola Andrea Vásquez Fonseca...[y otros 2.] ; ilustrador Anderson Yesid Albañil Parra. Bogotá: Corporación Universitaria Minuto de Dios—UNIMINUTO, 2021.

ISBN: 978-958-763-476-1

95p. il.

1. Soacha (Cundinamarca, Colombia) -- Investigaciones -- Historia 2. José Eugenio Díaz Castro -- Investigaciones -- Historia -- 1803-1865 -- Soacha (Cundinamarca, Colombia) 3. Luis Carlos Galán Sarmiento -- Investigaciones -- Historia -- 1943-1989 4. Soacha (Cundinamarca, Colombia) Condiciones socioeconómicas -- Historia 5. Salto del Tequendama (Cundinamarca, Colombia) -- Investigaciones -- Historia 6. Medios de comunicación de Masas -- Investigaciones i. Vega Gómez, Ángela Mireya ii. Vásquez Fonseca, Paola Andrea iii. Olarte Fonseca, Sebastián iv. Arévalo Pinzón, Diana Carolina

v. Albañil Parra, Anderson Yesid (ilustrador).

CDD: 986.146 V62v BRGH

Registro Catálogo UNIMINUTO No. 101074

Archivo descargable en MARC a través del link: <https://tinyurl.com/bib101074>



Voces y Rastros

Crónicas de la memoria histórica de Soacha

Presidente del Consejo de Fundadores P. Diego Jaramillo Cuartas, cjm
Rector General P. Harold Castilla Devoz, cjm
Vicerrectora General Académica Stéphanie Lavaux
Rector Cundinamarca Jairo Enrique Cortés Barrera
Vicerrectora Académica Cundinamarca Luz Nelly Agudelo Romero
Director del Centro Regional Soacha P. Orlando José Castro Bustillo, cjm
Director de Investigación Cundinamarca Juan Gabriel Castañeda Polanco
Subdirectora Centro Editorial Rocío del Pilar Montoya Chacón
Coordinadora de Publicaciones Cundinamarca Diana Carolina Díaz Barbosa
Autores Miguel Ángel Castiblanco
Ángela Mireya Vega Gómez
Paola Andrea Vásquez Fonseca
Sebastián Olarte Fonseca
Diana Carolina Arévalo Pinzón
Compilador Miguel Ángel Castiblanco
Ilustrador Anderson Yesid Albañil Parra
Coordinador Editorial Diana Carolina Díaz Barbosa
Correctora de estilo Karen Grisales Velosa
Diseño y diagramación Andrea Sarmiento Bohórquez
ISBN 978-958-763-476-1
Primera edición 2021 Publicación electrónica

©Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO






Calle 81B No. 72B-70 - Piso 8

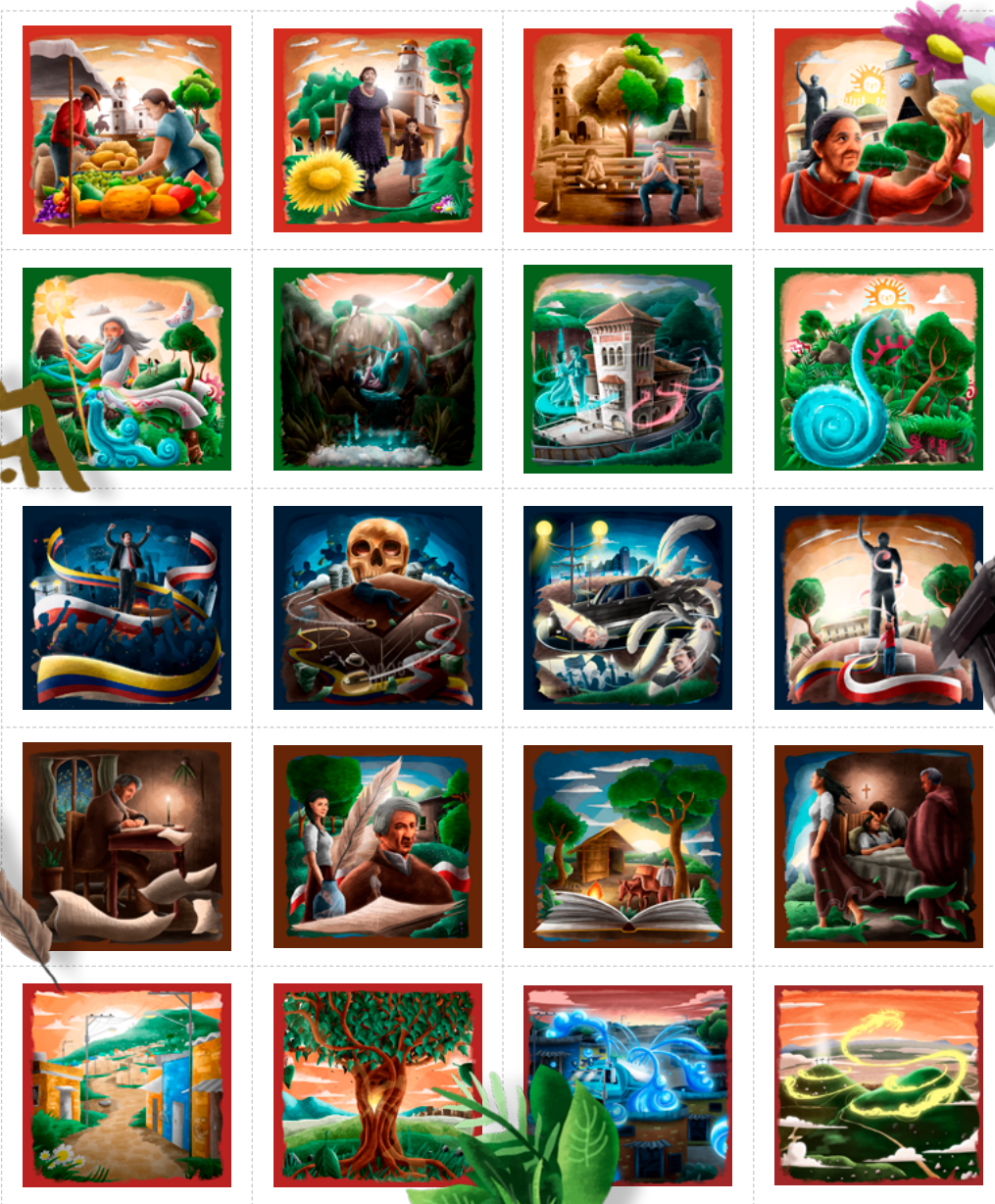
Teléfono +57(1) 2916520 Ext. 6012

Bogotá, D.C. – Colombia

Corporación Universitaria Minuto de Dios—UNIMINUTO. Todos los capítulos publicados en este libro son seleccionados por el Comité Editorial de acuerdo con criterios establecidos. Están protegidos por el Registro de Propiedad Intelectual. Los conceptos expresados en los capítulos competen a sus autores, son su responsabilidad y no comprometen la opinión de UNIMINUTO. Se autoriza su reproducción parcial en cualquier medio, incluido electrónico, con la condición de ser citada clara y completamente la fuente, siempre y cuando las copias no sean usadas para fines comerciales.



Contenido	4
Perfiles	7
Introducción	9
<i>Tejiendo memoria entre voces, rastros y olvido</i>	11
<i>Tejiendo memoria entre voces, rastros y olvido</i>	12
<i>Las crónicas</i>	25
Páginas escritas a la orilla del tiempo	25
 <i>Parque principal</i>	26
Un punto de encuentro... ..	26
 <i>Salto del Tequendama</i>	39
Un lugar icónico... ..	39
 <i>Muerte de Luis Carlos Galán</i>	53
Un hecho histórico... ..	53
 <i>Eugenio Díaz Castro</i>	64
Un personaje... ..	64
 <i>Altos de la Florida</i>	76
Una realidad social... ..	76
Referencias	93



Ilustraciones

Ilustración 1.	Pueblo viejo	29
Ilustración 2.	Paso entre paso	32
Ilustración 3.	El rigor del tiempo	35
Ilustración 4.	“Toñita”, ímpetu de mujer	37
Ilustración 5.	Mito y tradición	41
Ilustración 6.	Funambular	45
Ilustración 7.	Lúgubre y sublime	47
Ilustración 8.	Legado ancestral.....	49
Ilustración 9.	Oscura noche.....	55
Ilustración 10.	Sangre y patria.....	57
Ilustración 11.	Magnicidio y estigma.....	60
Ilustración 12.	Fuerza de un pueblo	62
Ilustración 13.	Pluma y tinta.....	66
Ilustración 14.	Ella, la Manuela.....	69
Ilustración 15.	Páginas de lo rural	71
Ilustración 16.	Renglones de reivindicaciones.....	73
Ilustración 17.	Cuesta arriba	78
Ilustración 18.	Carrotanque, vida potable.....	81
Ilustración 19.	Cerro de las dos tetas.....	83
Ilustración 20.	Custodio del amor	86

Perfiles



Miguel Ángel Castiblanco

Líder de la Investigación

Comunicador social y periodista, magíster en Docencia e investigación de la Universidad de la Salle, amplia experiencia como docente universitario, actualmente se desempeña como docente líder de investigación en el programa de Comunicación Social-Periodismo en Uniminuto CRS, y como catedrático en la Universidad Sergio Arboleda en la escuela de Publicidad Internacional. Coautor del libro, Innovar la enseñanza, estrategias derivadas de la investigación y editor académico del libro “Camino de resiliencia”. Adelanta estudios de Doctorado en educación en UNADE, Universidad Americana de Europa.



Ángela Vega Gómez

Investigadora

Comunicadora social y periodista, magíster en Estrategia y Marketing Empresarial. Vinculada como investigadora del semillero CCDS, lideró en el marco del semillero, el proyecto sobre reconstrucción de memoria histórica en Soacha a través de la crónica radial. Corealizadora del documental “Haciendas en Soacha: Reflejo de olvido y deterioro”; colaboradora en entidades como el Senado de la República. Ejerce como responsable de marketing y contenidos en el posicionamiento de marca, innovación y línea editorial empresarial, experiencia obtenida en el campo de la publicidad y la comunicación.



Anderson Albanil Parna

Ilustrador

Comunicador gráfico, diseñador e ilustrador, amplia experiencia en procesos de dirección de arte y diseño, vinculado a la agencia de publicidad DPTO creativo, ha participado y colaborado activamente como expositor en diferentes escenarios y entidades como el Centro Colombo Americano, el Museo de Arte Contemporáneo de Bogotá y Volcán ediciones. Ganador en el año 2016 y 2017 en la categoría de mejor ilustración en el marco del Festival de la expresión Comunicativa de Uniminuto. Actualmente coordina proyectos de ilustración y diseño en el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación.

Redes: <https://www.instagram.com/andertaller/>





Sebastian Olarte Fonseca

Cronista

Comunicador social y periodista. Especialista en Comunicación Educativa y maestrante en Comunicación Educación en la Cultura de UNIMINUTO. Docente universitario, líder de práctica profesional en UNIMINUTO Centro Regional Soacha. Vinculado al semillero de Investigación CCDS en el programa de Comunicación social-periodismo, coinvestigador del proyecto Sangre Muisca. Destacado en el marco de noche de la excelencia Uniminuto y grado de honor.



Diana Carolina Arévalo Pinzón

Cronista

Comunicadora social y periodista, especialista en Planeación, Gestión y Control del Desarrollo Social y magister en Estudios del Desarrollo. Cuenta con experiencia en docencia universitaria, coinvestigadora del proyecto “Profesiones de la comunicación y transformaciones del mundo del trabajo”, ejecutado por la Asociación Colombiana de Facultades y Programas de Comunicación (Afacom). Actualmente, es líder del semillero de investigación “Comunicación.



Paola Andrea Vásquez Fonseca

Cronista

Comunicadora social, especialista en Comunicación Estratégica y Magister en Comunicación Desarrollo y Cambio Social, cuenta con amplia experiencia en docencia universitaria y procesos de investigación social, participó como coinvestigadora en el semillero Comunicación para el Cambio y Desarrollo Social, del programa de Comunicación Social - Periodismo en UNIMINUTO Centro Regional Soacha.



Introducción



Soacha, como territorio en las últimas décadas, se ha convertido en receptor de migrantes de diferentes lugares del país; la llegada de esa nueva población ha cambiado las configuraciones de lo que significa este territorio, incrementando así la indiferencia de sus habitantes foráneos, el desarraigo de sus oriundos pobladores y el abandono de sus gobernantes. Partiendo de esto, reconstruir sus procesos de memoria histórica, desde las narrativas propias de sus pobladores, se convirtió en una oportunidad latente para explorar las posibilidades que brinda la crónica como género periodístico y la ilustración como expresión artística, esto con la finalidad de propender por procesos de memoria histórica dinámicos y exploratorios que fortalezcan la apropiación de esta tierra.

Es aquí entonces, donde justamente se origina lo que inicialmente fue un proyecto de investigación avalado por la Dirección General de Investigaciones de la Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO, y que hoy, luego de varios meses de trabajo colaborativo, donde se fusionó la rigurosidad que demandan los procesos investigativos con las complejas e inesperadas vicisitudes propias de la inmersión de campo en el oficio periodístico, presentamos *Voces y rastros, crónicas de la memoria histórica de Soacha* como resultado de esta gratificante experiencia, de la cual esperamos que sea un puntapié para que desde la academia se siga contribuyendo a la custodia de la memoria histórica de un municipio como Soacha, que se repiensa y se reconstruye constantemente.

En este mismo sentido, a través de esta publicación, se pretendió visibilizar y potenciar la voz de aquellos que suelen ser silenciados por los medios masivos de comunicación; coherente con lo anterior, se pretendió explorar la crónica y la ilustración como recursos comunicativos y gráficos, idóneos para abordar las problemáticas emergentes que actualmente afronta el municipio

entre las que se destacan el desplazamiento, la inequidad social y el desarraigo, fenómenos que redundan en el evidente olvido de la memoria histórica de Soacha, territorio que actualmente está dando pasos agigantados en la construcción de una ciudad emergente e importante para el desarrollo del país.

En cuanto al proceso investigativo que sirvió de andamiaje para esta publicación se hace necesario señalar que se realizó bajo el enfoque cualitativo tomando como base algunos lineamientos propuestos por la investigación-acción participante (IAP), la cual, a partir de la implementación de recursos comunicativos sustentados en procesos de creación colectiva, brindó visibilidad a la voz de aquellos que guardan experiencias, hechos y situaciones significativas en el legado de este territorio. De esta manera, la crónica de radio y la ilustración se convierten en recursos vigorosos que posibilitan la construcción de memoria histórica, y que a su vez fomentan el diálogo a través del encuentro, mediante el vínculo y el reconocimiento desde los límites de lo individual y las posibilidades que brinda lo comunitario; aspectos con los que la investigación, *más allá de poner un punto final a la discusión*, abre el horizonte para seguir repensando perspectivas de la comunicación y la expresión gráfica como insumos dinamizadores en procesos de memoria histórica.

A manera de colofón, cada crónica plasmada en las páginas de este libro se convierte en una invitación abierta al lector para que conozca, de manera más íntima y despojada de prejuicios y vanidades académicas, los relatos, remembranzas e historias de un pueblo que esconde entre el ruido y el caos de sus calles, memorias y reivindicaciones que se resisten a desaparecer a pesar del implacable rigor del tiempo. Cada crónica, sin ambición alguna, recoge expresiones, percepciones e imaginarios de suachunos que perdidos entre la cotidianidad de sus calles y el calor de sus casas sumaron sus voces voluntariamente, mientras desempolvaban recuerdos y relatos que hoy son recogidos y presentados en este texto como crónicas.

De esta manera, sumergirse en cada una de las crónicas es a su vez emprender un viaje por caminos escarpados del territorio, para entender, como lo señala el título que las acompaña, que en Soacha las voces de sus habitantes gritan “esto aquí ya no es lo mismo”, que en su sitio más representativo y ancestral, el Salto del Tequendama, se siguen tejiendo historias de olvidos, amores y esperanzas, y que es este mismo suelo donde alguna vez se derramó la sangre de Galán, el eterno caudillo del país; fue también la cuna que vio nacer la pluma olvidada de un pueblo, pueblo digno donde a pesar de sus luchas, se sigue escuchando cuesta arriba la voz de una montaña que vislumbra un horizonte resiliente y esperanzador.

*Tejiendo memoria
entre voces
rastros y olvido*



Tejiendo memoria entre voces. rastros y olvido



Soacha ha sido testigo silencioso de la historia de Colombia, la permanente exposición de este territorio bajo la imagen de violencia e inseguridad que fortalecen cada día los medios masivos de comunicación parece convertirse en una constante tan marcada, que lentamente y de manera corrosiva, ha impregnado este territorio de rótulos que como epígrafes parecen castigarla con un amplio abanico que se expande entre titulares y adjetivos. Soacha como territorio en las últimas décadas parece estar condenada a la indiferencia de sus habitantes foráneos, al desarraigo de sus oriundos pobladores y al abandono de sus gobernantes; en este sentido, propender por el rescate de la memoria histórica y la recuperación de este territorio socialmente vulnerable, más que una necesidad latente, se convierte en una posibilidad para explorar las potencialidades que brindan los recursos comunicativos y gráficos como dinamizadores en los complejos y a veces fortuitos procesos de memoria histórica, y es aquí justamente donde surge el proyecto de investigación Voces y rastros de la memoria histórica de Soacha como piedra angular para indagar en esas historias, relatos y evocaciones que guardan con recelo habitantes oriundos de este municipio, a través de la construcción de un diálogo genuino que hoy nos permite presentar esta publicación como producto académico resultado de un arduo y extenso trabajo investigativo desarrollado a lo largo de 2 años, en el cual el apoyo constante de la Corporación Universitaria Minuto de Dios – UNIMINUTO ha sido fundamental y orientador para este proceso.

Ahora bien, retomando el contexto de la investigación, según el último censo oficial del Departamento Nacional de Estadísticas (Dane) realizado en el 2005, la población de Soacha sumaba 488.995 habitantes (2010), por otro lado, según estimaciones de la Secretaría de Planeación de Soacha para el Plan de Ordenamiento Territorial en 2015, la población actual se calcula en más de 980 mil habitantes, si se tiene en cuenta que se han entregado más de 128 mil nuevas viviendas. Presentando según este mismo informe, como dato relevante, que Soacha mantiene “el horizonte poblacional promedio de crecimiento más alto de América Latina” (Acuerdo 46, 2000).

Aceptado lo anterior, y partiendo de la alta densidad territorial del municipio, así como a las ya conocidas problemáticas que enfrenta relacionadas especialmente con la educación, seguridad, salud y medioambiente, se añade ahora la falta de apropiación por el territorio reflejada en sus habitantes; de ahí la necesidad de integrar lo que representa Soacha histórica y simbólicamente para los individuos que en su mayoría llegan buscando refugio como ciudad dormitorio, pero que inevitablemente permean todos los contextos del municipio, y quienes en su afán por ajustarse al ritmo que imponen las grandes ciudades, olvidan que ese lugar en el que hoy residen guarda una historia, un origen ancestral y una memoria que se resiste a desaparecer.

De otro lado, según el Informe de proyecciones nacionales y departamentales de población 2005-2020 de la población (Dane, 2010), en Bogotá la inmigración registró índices de reducción, debido a que los municipios colindantes de la sabana y la periferia como Soacha tuvieron un efecto amortiguador al convertirse en receptores de la población desplazada por la violencia. Aunado a las altas tasas habitacionales del departamento y la poca cobertura que tienen en cuanto a servicios básicos, según el plan de desarrollo de 2012 “Soacha bienestar para todos”, “al día de hoy Soacha sigue en crisis social, económica y de gobernabilidad dado el alto crecimiento poblacional, las constantes migraciones que recibe de familias en difícil condición socioeconómica, o desplazamiento forzado, el crecimiento desbordado y desordenado del territorio” (Dane, 2010, p88).

De este modo, se evidencia la necesidad imperiosa de replantear los procesos de participación ciudadana promovidos por las políticas públicas del municipio, en tanto el desinterés y la indiferencia se presenta como una constante que sin duda impacta en el desarrollo y crecimiento del mismo; de esta manera, más allá de direccionar y gestionar recursos de lo público, lo cual es necesario, es igualmente inaplazable promover espacios donde se custodie la riqueza intangible

que guarda la apropiación del territorio y la memoria histórica, tal como se viene señalando desde las últimas décadas, explícitamente desde el Acuerdo No. 46 del 27 de diciembre de 2000, del Plan de Ordenamiento Territorial (POT), en el cual se estipuló claramente que deben existir “procesos de participación ciudadana en medio de la creación de una identidad municipal que permita el desarrollo de las expresiones de intercambio social y manifestaciones artísticas” (2000, p. 5), esfuerzo que hoy demanda mayor atención dado el contexto ampliamente expuesto de Soacha como territorio, y donde, por supuesto, la comunidad académica a través del desarrollo y formulación de proyectos formativos es la llamada a realizar intervenciones que susciten la reflexión a través del encuentro, y donde dicho sea de paso, la comunicación entendida como bisagra para los vínculos (Vásquez, 2006) posibilite la interacción y el intercambio a través de la reconstrucción de relatos donde se visibilicen voces y rastros del pasado que configuren la memoria histórica de Soacha como territorio.

Retomando el ya mencionado acuerdo del POT, uno de sus objetivos radica en la “valoración de la cultura como soporte del desarrollo”, lo cual evidencia la importancia de estructurar procesos de “autoestima ciudadana y territorial que fomenten el orgullo suachuno, basado en el respeto mutuo (...) la construcción de un ambiente social y paisajes gratos urbanos y rurales que merezcan el reconocimiento de quienes establezcan vínculos temporales o definitivos con el municipio” (2000, p. 6).

Por lo tanto, toma sentido hablar de la crónica como un recurso comunicativo para promover la apropiación y recuperación de la memoria histórica de un territorio local, convirtiéndola en una posibilidad latente para visibilizar y abordar desde este género dinámicas emergentes que actualmente afronta el municipio, entre las que se destacan la migración, el desplazamiento, el desarraigo y la pobreza, situaciones que inciden en el evidente olvido de la memoria histórica de este lugar, que está dando pasos agigantados en la construcción de una ciudad emergente e importante para el desarrollo del país.

Ahora bien, es importante entender la memoria histórica como el campo “cuyo estudio ilumina la forma en la que los seres humanos conviven con el pasado y le otorgan significado, pues es la memoria la que crea sentido manteniendo vivo el pasado, mientras lo hace parte de la orientación cultural del tiempo presente” (Nora, 1984, p. 17); lo que representa el hecho de darle fuerza a la mente humana sobre la relación que existe en ella con su experiencia a través del tiempo.

Precisamente es esa experiencia la que se pretende perpetuar por medio de la crónica como género periodístico, pues de acuerdo a lo mencionado por el catedrático y periodista Martín Vivaldi (1987), se convierte en información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos, y vale como relato y como juicio del cronista. A su vez, Javier Darío Restrepo afirma que la crónica busca el significado de la vida. La crónica es un pequeño tratado de la vida. Siempre hay un otro en la crónica. Por consiguiente, como recurso comunicativo la crónica como género periodístico permitirá la construcción de estructuras narrativas que aunadas a la memoria tendrán como resultado un precedente por medio del cual las historias del municipio de Soacha permanecerán vigentes a lo largo del tiempo.

En este mismo sentido, la crónica como género periodístico permite ser partícipe de un proceso dentro del cual se contribuye a la construcción de memoria histórica evidenciando lo que significa el ser un puente de acción en medio de quienes tienen la historia para ser contada y quienes tienen el medio para difundirla, dicho en otras palabras, la crónica posibilita la representación social de un recurso transformador que busca el compromiso de la población con su memoria e historia.

De esta manera, para el proceso investigativo se determinó inicialmente explorar posibilidades comunicativas a partir de la crónica para rescatar del olvido esas voces, imaginarios y relatos que parecen aguardar con paciencia en la memoria de hombres y mujeres que gestan sus historias de vida en Soacha. En un segundo momento de la investigación se buscó acercar este género periodístico a la realidad social que actualmente afronta este territorio, frente a problemáticas sociales como migraciones campesinas, desplazamiento e historias del postconflicto, que de alguna manera u otra impactan en el olvido de su memoria histórica, así mismo como una constante se propiciaron procesos de comunicación de mayor complejidad que generan transformaciones a través del diálogo y que potencian la voz de comunidades como parte del diálogo y el encuentro, *y así hacer de la crónica un campo de posibilidades por explorar*, y de la ilustración un recurso gráfico para expresar, a través de trazos y delineaciones, recuerdos, imaginarios y evocaciones.

Aproximaciones a la memoria histórica y la crónica

La investigación demanda entender desde lo teórico, categorías conceptuales que a manera de andamiaje argumenten las posturas que abarca la propuesta de implementar el género periodístico de la crónica como recurso dinamizador y potencialmente viable para el rescate de la memoria histórica de un pueblo, sumado por supuesto, a las posibilidades complementarias que brinda la ilustración como expresión artística. En este sentido, tener un acercamiento a la complejidad del concepto de memoria histórica, así como la aproximación conceptual a la crónica como género híbrido que fluye entre lo informativo e interpretativo, se hace imprescindible como insumo para la comprensión de esta experiencia investigativa.

Memoria histórica. una breve mirada

La memoria como concepto es definida por el historiador Pierre Nora (1998), en su texto *Los lugares de la memoria*, bajo la premisa de que la vida siempre llevada por grupos vivientes está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible a largas latencias y repentinas revitalizaciones; desde esta perspectiva es asumida como un fenómeno que sigue representaciones culturales creadas según contextos y civilizaciones, que responde además a las siempre vivas etapas y características del cambio en el tiempo; ahora bien, el mismo autor define el concepto de historia como la reconstrucción, siempre problemática e incompleta, de lo que ya no es, una representación del pasado, que aunado a lo anterior se empieza a vislumbrar dentro del cómo la memoria hace parte de un carácter que aunque sea colectivo llega a ser limitado, mientras que la historia es justo la herramienta que la hace posible; por ello, en palabras del autor en cuestión, la memoria histórica que ha surgido a través de tiempo no puede definirse como algo que va de la mano de manera paralela, porque según él, la historia reúne, la memoria divide.

Sin embargo, García Bilbao sí hace un acercamiento a la definición de la memoria histórica afirmando que “es un recuerdo colectivo, una evocación volcada hacia el presente del valor simbólico de las acciones colectivas vividas por un pueblo en el pasado (...) una acción que preserva la identidad y la continuidad de un pueblo” (2002). Este autor además hace énfasis en que la memoria histórica es para los pueblos el bastión que les da una guía, una herramienta para que las comunidades se identifiquen con su pasado, su cultura, su ser.

Desde otra postura, la memoria histórica debe verse como el conjunto de razones que le dan importancia a uno u otro evento y que como afirma Halbwachs (1968), nuestros recuerdos siguen siendo colectivos, y son los demás quienes nos los recuerdan. Esto se debe a que en realidad nunca estamos solos; por tanto, es precisamente esa colectividad la que debe ser testigo directo por medio de los testimonios en la construcción de las crónicas quienes le den importancia a los vestigios de su pasado. Porque como señala este autor, el grupo, en el momento en que aborda su pasado, siente que sigue siendo el mismo y toma conciencia de su identidad a través del tiempo, el grupo que vive primero y sobre todo para sí mismo, desea perpetuar los sentimientos, las imágenes que forman la sustancia del pasado.

Y es que alrededor del concepto de memoria histórica empiezan a surgir significaciones que buscan darle más sentido al vínculo y a la relación con el otro. “Las memorias hacen parte de los procesos de construcción de los marcos interpretativos desde los cuales mujeres y hombres, e identidades colectivas, primero se construyen como actores que comparten un pasado y, por eso mismo, un presente y un futuro, y desde allí actúan sobre la realidad y se movilizan” (Sánchez, 2011, p. 46), interpretaciones que nacen desde la necesidad de un pueblo por conocer su historia más allá de los formalismos propios de la lógica social y no como experiencia individual.

Retomando a Sánchez (2011), “las memorias también son fuentes que nos permiten comprender el curso que toman procesos sociales, en la medida que es desde ellas que los actores describen los eventos y también les otorgan una causalidad (...) al recordar buscamos relevar ciertos eventos y otorgarles un sentido y una razón de ser” (p. 46); por lo anterior, es indispensable evitar caer en los juicios morales sobre los testimonios que sean recogidos, por medio de lo que se pretende como memoria histórica, viciar esos recuerdos e interpretar según un solo punto de vista tergiversa la acción que ejerce su concepto mismo dentro del método que aplican los actores involucrados en procesos en los que su contexto y su historia es el núcleo de todo.

La memoria histórica en el ámbito mundial se teje alrededor de los grandes conflictos bélicos que ha sufrido el mundo; con la Primera Guerra Mundial la memoria cobra importancia debido a la fuerza de comunicación que ejerce el periodismo, en especial, la prensa. Según Pierre Nora (1984), los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, más específicamente lo que tuvo lugar en Auschwitz, dio origen a la expresión “deber de memoria”. Así, teniendo en cuenta que para entonces se empiezan a usar los testimonios como herramienta que enriquece la historia, Hobsbawn (1989) asegura que

cuando se estudia un período sobre el que quedan testigos supervivientes, memoria e historia se enfrentan, y en el mejor de los casos se complementan dos conceptos diferentes de la historia: el erudito y el existencial, los archivos y la memoria personal, que aunque difieren, aportan un significado que va más allá del registrar hechos que fueron noticia, es el aporte a lo que significó haber sido testigo o protagonista de los hechos, no siempre negativos, no siempre positivos.

A lo anterior se hace necesario traer a colación lo que postula Aguilar (2008), para quien la transmisión de la interpretación y construcción colectiva del pasado a quienes no lo experimentaron personalmente convierte la memoria colectiva en memoria histórica. Conceptualizar su definición significa además entender cómo se trabaja la memoria para enfrentar el presente y con ello el trabajo que se debe realizar en un proceso que pretende reconstruirla; y es “que pensar la memoria es pensar la historia, es remitirse a un pasado del cual aún están vivas sus huellas (...) nos recuerdan que algo ha sucedido, en una historia, en la nuestra, que no merece olvidarse, que hay que mantener vigente, bien por efecto de la palabra, bien porque si se maneja el axioma de que cada vez que se recuerda es como si se despertara” (Nieto, 2006, p. 82). Alejar los recuerdos del olvido, y converger por una capacidad en la que sea posible vivir el pasado es una de las premisas bajo las cuales debe entenderse el trabajo de lo que es memoria histórica, por tanto, más que definirse se convierte en la acción misma de valerse de las herramientas que como sociedad pueden darse para este proceso.

Ello no implica solamente traer recuerdos del pasado al presente, es un acercamiento en el que conceder y actualizar el sentido de los sucesos sobre los cuales ya ha transcurrido un tiempo, es el deseo de deshacerse del olvido; volver a mirar atrás, es, si se prefiere, conceder y también reelaborar los significados de acontecimientos y sociedades, recordados como de otras épocas (Nieto, 2006). Vivir la memoria histórica como un hecho en el que se concede la voz a las personas que muchas veces guardan celosamente sus recuerdos y sus anécdotas, llegar a convertir su memoria en historia, una que viva para las generaciones que no la conocieron, para las que quieren conocerla y para quienes no quieren olvidarla.

El rol del comunicador y el periodista que busca reconstruir la memoria histórica de un lugar debe tener como base el reconocimiento de lo incuestionable que resulta del hecho de concebir los testimonios orales como fuentes legítimas para la construcción de narraciones y sucesos que se niegan a morir. Ahora bien, Martín Barbero (1984) deja ver al periodismo en

nuestro país como el instrumento que permitió el acceso a la información de la vida social cuando antes era de pocos y de muy limitado alcance; que luego empezó a ser generador de denuncias sociales e investigaciones de todo tipo, así como aquí compete se encuentra también un registro del periodismo cultural que según Tomás Eloy Martínez (2009),

es una forma que cuida: el lenguaje y su ética, que no responde a otro interés que el de la verdad. El periodista está obligado a pensar todo el tiempo en su lector. En el periodista hay una alianza de fidelidades: a la propia conciencia, al lector y a la verdad. El periodista cultural es también un productor de pensamiento, p 17.

Este pensamiento es objeto de esta investigación con la población suachuna, que en medio de unas narrativas hechas desde sus voces se va a reconocer como lo que es, con su identidad, con su memoria, su historia.

Volviendo a Barbero, se asegura que el papel del comunicador y del periodista debe darse desde la configuración de emociones y sentido, “una historia de los procesos culturales en cuanto articuladores de las prácticas comunicativas con los movimientos sociales, que es, como lo popular se inscribe constitutivamente en el análisis de los procesos históricos” (Martín Barbero, 1984, p. 54); articulando como se expuso anteriormente las narrativas en torno a la cultura suachuna y sus raíces. Permear en la reconstrucción de cultura e historia de Soacha es también incidir en los procesos de raíz social que son base del presente y futuro de un pueblo, como lo expone Alfaro (2000), la organización de relatos simbólicos recuperando la vida e historia cotidiana y los conflictos del ser ciudadano hoy; discusiones y producciones que alimenten las decisiones ciudadanas a tomar y abran otros espacios de participación, una comunicación que cree y recree lo público en relación con sus públicos ciudadanos; como razón que concibe el poder para construir y transformar la historia desde la concepción misma de ciudadano, como forma en la que se unen el periodismo y la comunicación para empoderar a quien debe y puede hacerlo.

Por ello, este proceso investigativo se da entendiendo la comunicación como una herramienta que contribuye al cambio de una sociedad mediante lo que implica ser mediador entre las formas que existen y se plantean para tal fin; en este sentido, toman valor los planeamientos de Gumucio (2004), al entender que la comunicación para el cambio social nace como respuesta a

la indiferencia y al olvido, rescatando lo más valioso del pensamiento humanista que enriquece la teoría de la comunicación: la propuesta dialógica, la suma de experiencias participativas y la voluntad de incidir en todos los niveles de la sociedad son algunos elementos que hacen de esta propuesta todo un desafío. Reto que asume la recuperación de la memoria histórica como un cambio enriquecedor para una sociedad como la suachuna, que mientras crece en densidad poblacional, crece igualmente en indiferencias por sus raíces, por sus legados y herencias, pero que sin duda puede asumirse como una invitación para que las personas que activamente deciden ser parte de ese cambio y de esa transformación emprendan procesos de recuperación de la memoria histórica de sus legados alrededor de un diálogo y encuentro mancomunado.

La crónica como escenario para la construcción de memoria

La crónica a través del tiempo se ha ido considerando como un género híbrido caracterizado por la mezcla de uno o más estilos periodísticos, pero lo que aquí se trae a consideración es su concepto sin pertenecer a nada ni nadie más, como un género que logra condensar todo el carácter para ser uno de los que más cerca se encuentra a la escritura de tipo literario. Para Martín Vivaldi (1987), la crónica es una información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos vale como relato y como juicio del cronista, un juicio que a su vez Javier Darío Restrepo pone a consideración, afirmando que la crónica busca el significado de la vida. La crónica es un pequeño tratado de la vida. Siempre hay un otro en la crónica, acercándose al objeto que tiene la misma y que mediante este trabajo se desarrolla mediante el testimonio del otro, de su vida, de la construcción de su relato.

Por su parte, Martín Caparrós (2007), expone que la crónica es una mezcla, en proporciones tornadizas, de mirada y escritura mirar es la búsqueda, la actitud consciente y voluntaria de tratar de aprehender lo que hay alrededor (y de aprender), abarcando la situación en la que el narrador consciente del relato da a quien escribe la crónica, sus matices, y su construcción literaria, para que, como él mismo afirma, sea posible crear conceptos e historias, como lo hicieron las primeras crónicas en América al hablar de indias y viajes.

Se habla entonces de un escenario en el que la memoria y la voz de quienes no la tienen se crea a partir de las crónicas, al ser ellas mismas las herramientas más cercanas a la exactitud del relato, confinado a su vez por las diversas formas literarias que sin cambiar el objeto por el cual se realizan son capaces de inmortalizar los acontecimientos más profundos, desde las voces que sin ella se perderían.

En dicho escenario se expone dentro de su construcción lo que sería un marco de referencia para darle forma a esa voz que no quiere desaparecer, y que, como lo asegura Caparrós (2007), la crónica es el periodismo que sí dice yo en tanto la primera persona de una crónica no tiene siquiera que ser gramatical, es sobre todo, la situación de una mirada cercana; una mirada que a título del cronista debe saber cómo se expone para que no sea solo un relato, al contrario, para que sea una crónica y un texto capaz de generar visibilidad, debe estar dotada de recursos narrativos y estilísticos, porque como lo afirmaba Gabriel García Márquez, “una crónica es un cuento que es verdad”.

Este recurso de la comunicación y el periodismo requiere de la inmersión y la sabiduría de quien se atreve a entregarse a él, para López Vigil (2005), “la estructura de la crónica, a diferencia de las otras notas, sigue un orden cronológico (de menos a más) y no jerárquico (de más a menos) p. 169”, lo que para quien se sumerge en la investigación y construcción de la misma significa entregarla de acuerdo al objetivo de la misma, teniendo en cuenta el tiempo establecido, su organización, construcción desde el lenguaje literario y el público al que va dirigida.

Se hace necesario abordar su construcción, que según López Vigil (2005), se da teniendo en cuenta que lo específico, sin embargo, no está en la duración del relato, sino en su construcción interna, en la secuencia temporal de los hechos, contados de principio a fin algo del ritmo dramático: hay crescendo de interés, hay desenlace, quizás hasta sorpresa. También podemos comenzar la crónica por el final y retroceder al inicio de la acción. Y es que hacer énfasis en un ritmo dramático para este trabajo investigativo, no se explica precisamente por el drama o el significado que ello tiene, en este caso, el enfoque se da desde las realidades de los testimonios de quienes vivieron y fueron testigos de los hechos y acontecimientos más relevantes de su historia.

En busca de las voces y los rastros

El proceso investigativo se realizó bajo un enfoque cualitativo teniendo en cuenta algunos lineamientos propuestos por la investigación-acción participante (IAP), los cuales se ven reflejados específicamente en el proceso de vincular a través del diálogo las voces de diferentes pobladores del municipio, quienes orientaron los hechos, sucesos, personajes, y escenarios que a lo largo del recorrido se convirtieron en ejes del recorrido y que permitieron materializar la

implementación de la crónica y la ilustración como recursos comunicativos dinamizadores de la memoria histórica en el municipio de Soacha, los cuales, sin duda alguna, otorgaron eco a la voz de aquellos habitantes que guardan momentos, hechos y situaciones significativas de la historia de este territorio que está en permanente transformación y cambio. Por lo anterior, fue necesario vincular a los pobladores quienes, como gestores de sus propios relatos, permitieron brindar rigurosidad a los alcances de esta experiencia. Herramientas de investigación como cartografías sociales, grupos focales y entrevistas (relatos únicos y relatos cruzados) fueron determinantes dada la inmersión que se requería para identificar los temas susceptibles para ser relatados, narrados y recuperados.

Ahora bien, los pobladores vinculados (específicamente líderes representativos, en su mayoría pertenecientes a la tercera edad), para efectos de esta investigación, fueron entendidos desde el inicio como coinvestigadores y gestores de sus propios relatos, mientras el grupo investigador fue concebido como el mediador que canalizó dichos esfuerzos y les brindó rigurosidad a los alcances que perseguían sus relatos y narrativas. De esta manera, la metodología aplicada fusiona dos ejes fundamentales como lo son la inmersión de campo y la creación colectiva, dos aspectos de esta propuesta investigativa que no son separables, sino que por el contrario, dialogan, se complementan, y retroalimentan en cada una de las fases comprendidas.

En este mismo sentido, se hace pertinente señalar que el proyecto estuvo dividido en tres fases: caracterización, inmersión y diálogo, y producción y difusión; a su vez dichas fases fueron enmarcadas bajo el proceso de ciclos que propone la investigación-acción participante desde el modelo de Carr y Kemis (1986 p. 12), autores que la definen como “una espiral sucesiva de ciclos constituido por varios pasos o momentos”, entendidos como planificación, acción, observación, reflexión.

En concordancia con lo señalado, cada una de las fases definidas permitió garantizar el alcance y propósito que persigue la investigación-acción participante, pues tal como lo afirma Bernal (2010), la meta en la IAP es lograr que el sujeto de la investigación sea gestor del proceso de autoconocimiento y transformación de sí mismo, así como de la realidad estudiada, teniendo un control operativo, lógico y crítico; aspectos reflejados en la investigación en la forma práctica desde la cual se conocieron los intereses comunicativos y gráficos de la comunidad, pero a su vez con la manera en la que se determinaron los hechos, situaciones y lugares susceptibles a tener en cuenta como insumo en el proceso de recuperación de su memoria histórica de Soacha.

Dicho en otras palabras, la subjetividad en este proceso investigativo se convierte en una constante a lo largo de la elaboración y posterior producción, tanto de los recursos comunicativos que inicialmente fueron radiofónicos, y que posteriormente se transformaron en crónicas escritas, como en la conceptualización misma de las ilustraciones diseñadas como complemento a los relatos de los participantes en la experiencia; subjetividad convertida en acierto al no limitarse a simples generalidades, sino al propender por un voz común que represente a las personas involucradas en los episodios y hechos históricos particulares de Soacha.

Fase 1 caracterización: en esta fase el grupo investigador enfocó sus esfuerzos en realizar una inmersión inicial en el campo de estudio que permitiera identificar percepciones e imaginarios frente a hechos históricos que consideraran relevantes e imprescindibles para ser contados y recuperados a través de este proceso; para este fin se determinó hacer uso de dos instrumentos, inicialmente se implementó una recopilación documental, la cual aportó como insumo para la investigación una serie de documentos en diferentes formatos que brindaron guiños sobre los distintos acontecimientos y hechos evidenciados en este territorio. El segundo instrumento de investigación aplicado fue la cartografía social, esta herramienta más allá de permitir a las comunidades convocadas la elaboración de un mapa social, posibilitó la creación de una producción colectiva que a través de la discusión y el consenso de los participantes se vislumbraron los primeros hallazgos que orientaron el rumbo del proceso investigativo.

Fase 2 inmersión y diálogo: para la segunda fase, el grupo investigador desarrolló encuentros presenciales con los líderes sociales participantes del proyecto, que demostraron interés genuino por aportar desde sus experiencias a la construcción en el proceso planteado, para este propósito se implementaron, al igual que en la fase inicial, dos instrumentos de investigación. En un primer momento se desarrolló a manera de grupo focal un encuentro donde, bajo la figura de un moderador que orientó la discusión y paralelamente un observador que registró detalladamente las dinámicas generadas, en este espacio se evidenciaron puntos de convergencia que con mayor claridad mostraron el alcance que tendrían los aspectos abordados a través de las crónicas como recursos comunicativos; aquí surgieron en su orden la necesidad de visibilizar como *punto de encuentro* al parque principal de Soacha, como un *lugar icónico* el Salto del Tequendama, como un *hecho histórico* de ruptura, el asesinato de Luis Carlos Galán, como *personaje* el escritor suachuno Eugenio Díaz Castro y como fenómeno de la *realidad social*, la resiliencia del barrio Altos de la

Florida. El segundo instrumento aplicado fueron entrevistas en profundidad, las cuales permitieron establecer a través del diálogo las potencialidades de la crónica como género periodístico, para tal fin fueron consultados como fuente de información inicialmente expertos académicos en cuanto al género se refiere, los cuales a través de su experticia ofrecieron importantes hallazgos sobre las posibilidades de la crónica como un género, dotado de una riqueza narrativa que le permite ser un recurso válido para fomentar procesos de memoria histórica.

Fase 3 producción y difusión: en esta fase se definieron los lineamientos que orientaron la creación de las crónicas, tanto en términos de estructura como de intención comunicativa; de manera paralela se diseñaron, en un trabajo colaborativo con las personas involucradas, los primeros bocetos de las ilustraciones que complementaron la construcción simbólica y representación gráfica de las crónicas. Como se mencionó anteriormente, se definieron cinco perspectivas para ser desarrolladas a través de la crónica como género periodístico: punto de encuentro al parque principal de Soacha, lugar icónico el Salto del Tequendama, el magnicidio de Luis Carlos Galán como hecho histórico, como personaje representativo al escritor Eugenio Díaz Castro, y finalmente, como hecho de realidad social, las luchas del barrio Altos de la Florida; de esta manera cada crónica reflejaría con rigor periodístico e investigativo la memoria de Soacha como territorio, bajo un único criterio que es el de brindar a dichos relatos un tono esperanzador y de reivindicación. Así mismo, se trazó una estrategia de divulgación y difusión de la experiencia investigativa en diferentes escenarios comunicativos y periodísticos locales del municipio, de tal manera que se visibilizara como experiencia académica los alcances, posibilidades y limitaciones de la crónica y la ilustración, como recursos potentes dinamizadores en la reconstrucción de la memoria histórica de Soacha.





Frente a la historia del parque de Soacha son muchos los relatos que se han construido alrededor, y que abarcan desde los más rigurosos y académicos divulgados por historiadores, arqueólogos y cronistas, pasando por los más espontáneos y especulativos que colmados de anécdotas genuinas entretejen magistralmente realidades, ensueños, quimeras y mucha evocación; siendo estos últimos los más ricos en contenido humano, quizá porque conservan secretamente las apropiaciones, experiencias y costumbres que hicieron de este, un espacio para los encuentros y desencuentros de un lugar que se debate entre los rastros y vestigios de lo que fue un pueblo y los rostros de nuevas generaciones que lo proyectan en prospectiva como una latente ciudad.

*Miguel Ángel Castiblanco
Cronista*

Esto aquí. ya no es lo mismo



Mientras empuña con fuerza su desgastado bastón como aferrándose con firmeza a la vida, y a la par sacude un desgastado pañuelo arrugado para limpiar con fuerza el polvo que reposa en el borde de los ladrillos que rodean uno de los viejos árboles del parque principal de Soacha, el cual tarde a tarde le sirve como banqueta a él y a otros suachunos oriundos, que como si fueran una especie en extinción parecen desvanecerse en el tiempo, encontramos a Hernando o “Nando” como lo conocen sus amigos y familiares; y es que como en todo pueblo, suachuno de vieja data que se respete, aquí se le conoce más a la gente por su apodo que por su nombre de pila.

A pesar de los 86 años que lleva a cuestas, se muestra vigoroso y altivo pero es solo su postura, es como si mostrándose así quisiera olvidar lo que según sus palabras le dijeron hace un tiempo atrás los *matasanos*, término que utiliza para referirse a los médicos, los mismos que le informaron que padecía una avanzada insuficiencia renal, y que él, de manera sencilla y sin tanta palabrería, explica afirmando que sus riñones se cansaron de purificar su sangre; como todo viejo le gusta anticiparse a la muerte y la nombra a cada rato, pero también evoca con nostalgia el pasado, y aprovecha cada momento para repetir una y otra vez incansablemente que “esto aquí ya no es lo mismo”, como si a través de esa expresión, que por momentos se torna recurrente, pudiera regresar a sus épocas de antaño.

No pasa mucho tiempo para que, a la sombra del viejo árbol del parque donde se encuentra sentado, lleguen sus contemporáneos, primero Eusebio un ancianito de apariencia afable, de estatura mediana y algo encorvado, quien sin medir reparo tomándole el antebrazo lo saluda con un efusiva pregunta: “¿Qué hace el Nando?”; después de un rato de hacer preguntas, muchas de esas con cierto asomo de cortesía pero sin mayor profundidad, aparece Justino, un hombre pausado, que bordea los 70 años de edad, este haciendo un suave movimiento de cabeza de



arriba abajo los saluda con inocultable familiaridad integrándose fácilmente a la conversación; así se enmarca una escena que como un ritual oculto se repite una y otra vez bajo el cielo rojizo que parece arropar a Soacha desde el horizonte cada día al atardecer.

Como ellos son muchos los pobladores oriundos del municipio que cada día a paso lento frecuentan el parque de Soacha, negándose así, al inevitable transcurrir del tiempo; cada uno de ellos guarda en sus memorias historias que rememoran el pasado y en todas, como si se tratara del único lugar de encuentro, aparece de manera recurrente la plaza principal, como ese sitio icónico, testigo silencioso de sus particulares historias de vida, en las que de manera paralela a los cambios que ha presentado este lugar en distintas épocas, surgen formas de remembranzas, travesuras de la infancia, anécdotas de la juventud, o sucesos recientes de su edad adulta.

El parque. lugar de encuentros y desencuentros

Y es que el parque de Soacha como cualquier otro parque se convirtió para sus habitantes más arraigados a la tradición en ese espacio físico en el que de manera intuitiva y espontánea han tejido un entramado de amplios significados, en el que afectos, sentimientos, emociones y experiencias se fusionan en una apropiación única de un lugar que parece estar marcado por las contradicciones, pues en su suelo se ha gestado el progreso y desarrollo de lo que fue alguna vez un pueblo, pero a su vez ese mismo suelo ha soportado las mayores transformaciones que parecen borrar con indiferencia su historia, tradición y legado histórico.

Muestra de esto son las expresiones que pese a la dureza del tiempo los pobladores no dudan en mencionar para hacer alarde del emotivo recuerdo que aún guardan de este icónico lugar; así lo siente Guillermo Osuna, quien acompañado de sus memorias vagas comenta, “este parque era hermoso, pobre pero lindo, muy lindo era lo que teníamos aquí (...) lo que es ahoritica no es ni medio parecido, en esa época todo era en tierra en tierra, y aquí venían los domingos de San Antonio y Santandercito mucha gente campesina de tierra caliente a vender sus cosas y aquí nosotros también les vendíamos lo de uno, todos nos conocíamos, los unos con los otros”. Mientras dice esto, “Memo” como mejor se conoce, deja entrever que las palabras de su relato cargan un profundo pero silencioso reclamo, su tono cambia, acentúa cada frase con sus manos y las acompaña con gestos que en su rostro dibujan el rechazo a ese progreso que paulatimamente llegó y les arrebató su pasado para reescribir el futuro.





Ilustración 1. Pueblo viejo



Frente a la historia del parque de Soacha son muchos los relatos que se han construido alrededor, y que abarcan desde los más rigurosos y académicos divulgados por historiadores, arqueólogos y cronistas, pasando por los más espontáneos y especulativos que colmados de anécdotas genuinas entretejen magistralmente realidades, ensueños, quimeras y mucha evocación; siendo estos últimos los más ricos en contenido humano, quizá porque conservan secretamente las apropiaciones, experiencias y costumbres que hicieron de este, un espacio para los encuentros y desencuentros de un lugar que se debate entre los rastros y vestigios de lo que fue un pueblo y los rostros de nuevas generaciones que lo proyectan en prospectiva como una latente ciudad.

Hablar entonces del parque de Soacha es hablar de su historia como municipio, pues como reposa en los libros de historia, Soacha es un territorio ancestral y místico que desde el período precolombino guarda la herencia del pueblo muisca, a quien debe también el legado de su nombre Sua que significa sol y Cha que expresa varón, de ahí que se le conozca tradicionalmente como la ciudad del dios Varón; esos mismos documentos históricos que hoy reposan en hemerotecas señalan que fue en la época de la colonia española en el año 1600 cuando Luis Henríquez como visitador funda el hoy conocido pueblo de Soacha, justo en las tierras donde se alzaron los cimientos del tradicional parque principal que actualmente muchos recorren pero que pocos son los que aún lo transitan con el férreo sentimiento que tienen sus pobladores.

Sobre el nombre del parque de Soacha son muchas las versiones que giran a su alrededor, algunas con más tintes de especulación y otras acompañadas con mayor precisión histórica. Según algunos de sus habitantes, los más ortodoxos y conservadores, el parque de Soacha desde la época colonial recibe el nombre de Plaza Principal de Soacha, el cual se conservó intacto hasta luego de la independencia, sin embargo no hay un claro registro que evidencie el cambio de su nombre al de Parque Principal de Soacha, quizá el apelativo que más se repite de boca en boca entre sus habitantes y que como suele ocurrir con los ricos y dinámicos procesos de oralidad, se fue adoptando este término hasta convertirse en el más recurrente y aceptado hasta hoy en día; sin embargo, el parque sí cuenta con nombre y apellido, el cual fue otorgado a mediados del siglo XX, de quien fuera un exconcejal y luego mandatario de la República, y aunque a veces su denominación pareciera pasar inadvertida incluso por los mismos suachunos, este parque recibe el nombre de Parque Alfonso López Pumarejo.

Ahora bien, no es extraño escuchar a una parte de sus habitantes afirmando con más vehemencia que certeza, que su parque realmente se llama Parque Principal Luis Carlos Galán Sarmiento,





esto se atribuye al momento en el que quizá más exposición tuvo este lugar, donde tal vez fue fotografiado y registrado en cámara como nunca jamás se había visto a través del lente de medios de comunicación nacionales e internacionales, y que, según afirman, catapultó a este lugar hasta ese momento desconocido para el mundo, en el parque donde se concretó el magnicidio del candidato presidencial y líder del nuevo liberalismo colombiano Luis Carlos Galán; y es que esa oscura y confusa noche sería para Soacha el inicio de sus tragedias, así lo comentan fehacientemente personajes como Luis Chía, quien no duda en señalar, “desde la muerte de Galán en esa tarima, todo lo malo se le atribuye a Soacha, de ahí en adelante todos los periódicos y noticieros empezaron a escudriñar en los problemas del pueblo, es como si le hubieran puesto una marca al pueblo, desde ahí todo lo peor lo relacionan con Soacha y eso no solo es injusto sino muy triste para quienes somos de aquí y amamos esta tierra”.

Como cualquier otro parque, el de Soacha se conserva como punto de referencia para propios y extraños, y es que pese a las distintas fachadas que lo han ido transformando al compás del tiempo, sigue y seguirá siendo el lugar en el que confluyen secretamente historias de encuentros y despedidas, aventuras de amor y dolor, e historias de festiva algarabía pero también de profunda soledad, que como bien lo expresa María Peñaloza, vecina del lugar, el parque es el corazón del pueblo, “lo que identifica a Soacha es el parque, puede que estén en cualquier lado, o en cualquier barrio de aquí, pero todos llegan y dicen nos vamos pa’ Soacha y qué es Soacha...el parque, o sea no hay Soacha sin parque”.

Voces de lo cotidiano

Como si fuera un eje el parque principal guía el movimiento y la rotación de la vida cotidiana de los suachunos, que se abre paso a pesar de las vicisitudes y sucesos que enfrenta, esa ha sido la constante en un pueblo que si bien se acostumbró a esquivar obstáculos, también aprendió a sobreponerse y seguir en pie forjando un horizonte más esperanzador; pero es justo ahí en lo cotidiano, en las rutinas de la calle, en la gente de a pie, en sus conversaciones imperfectas, donde se tejen con exquisita filigrana los hilos de historias que forman parte de la apropiación y el sentido que las personas hoy por hoy otorgan a este lugar de encuentro.

Una de esas tantas historias se relaciona con las fiestas, esas expresiones culturales y espontáneas que tanto aportan a la construcción de sentido y significado en la tradición de los pueblos, así lo





Ilustración 2. Paso entre paso



recuerda Aurelio Cantor, suachuno que afirma que “en esa época en el parque a un lado había un árbol, o mejor, un palo en forma de orqueta, y como aquí cada año para noviembre había lo que llamábamos verbenas populares, entonces esa orqueta grande se utilizaba para amarrar a los toros y luego se les ponía una cincha y a montarlos”; afirmación que valida y complementa Manuel Bohórquez, quien afinando su voz desgastada con singular gusto menciona: “Como el parque para entonces era todo en tierra, no como ahora que es solo ladrillo, aquí quedaba la plaza de mercado pero también se armaban las verbenas sobre todo en noviembre, eso armaban una plaza de toros con palos y tablas a un lado del parque y luego traían arriados a los toros por las calles desde el matadero, eso la gente gritaba, pagaban escondederos a peso, unos de alegría y otros de miedo pero todo sano no como ahora”.

Pero al igual que las casas de adobe que bordean al parque, las tradicionales verbenas populares también fueron cambiando, ya que para las décadas de los setenta y ochenta, los toros desaparecieron del parque y fueron trasladados a otro de los sitios icónicos del pueblo como lo es el reconocido Campo de los Locos y lo que llamaban la corraleja se convirtió solo en un borroso recuerdo, pues dio paso a las tradicionales Ferias y fiestas de Soacha, festividades que si bien ya no contaban con el atractivo de la plaza de toros armada en el parque, seguía conservando la esencia en el encuentro de sus habitantes y el vínculo alrededor de la algarabía, el bullicio y la celebración. Así lo comenta doña Aracely, matrona del pueblo quien señala que “ya en ese momento el parque era otro, lo más bonito era que construyeron una tarima en cada lado, en una estaban las astas para las banderas de Colombia, Cundinamarca y Soacha, y en la otra tarima, al otro costado estaba el monumento a Simón Bolívar (...) pero alrededor del parque cuando eran ferias y fiestas, se armaba lo que llamábamos toldos para que la gente tomara y bailara toda la noche hasta pasada la madrugada, cada toldo ponía músicaailable y la gente pedía sus buenas picadas de comidita y sus cervecitas también que no podían faltar, eso todos nos conocíamos con todos”. En este mismo sentido, añade Mariela, “las ferias y fiestas de noviembre eran las más esperadas, el parque hacía poco lo habían arreglado, ahora el suelo era en piedra de río lo que hacía que se viera como colonial y le formaron pasillos que la gente aprovechaba para caminar, las ferias empezaban y terminaban con la quema lo que llamábamos castillos, algo así como fuegos pirotécnicos y todo el pueblo salía a mirar, eso era un espectáculo muy bonito que reunía a la gente del pueblo”.

Siguiendo con la cotidianidad que acompañaba al parque de Soacha, sería imposible dejar de referenciar su entorno, tan colorido y cambiante como su esencia misma, fue a mediados de los





años ochenta cuando empezaron emerger en el panorama las primeras edificaciones modernas, que parecían erigirse amenazantes con la tradición, pues en sus calles circundantes, luchando contra el rigor del tiempo, gravitaban las viejas casonas de adobe que encapotadas con tejas de barro, grandes puertas de maderas de dos hojas y robustos ventanales custodiaban como guardianes la invaluable herencia cultural del pasado.

Pese a esto, el ímpetu con el que llegó la década de los noventa para el paístrajo consigo muchos cambios inocultables para Soacha, el desbordado crecimiento en sus habitantes producto de la llegada de cientos de familias provenientes de todas partes del país que encontraron en la ciudad del dios Varón, un refugio para huir de la violencia y los desplazamientos, rápidamente hizo una ruptura y abrió una brecha en lo que hasta ese momento era un pueblo de antaño ubicado en el sur de la gran Bogotá, atrás quedó ese lugar de costumbres, en el que las familias más tradicionales como los Herrera, los Ramírez, los Escobar, los Chía, los Peñalosa, los Cantor y los Osuna, solo por mencionar algunas, se conocían entre sí, donde era fácil reconocer a los patriarcas de esas familias y donde todos, por alguna extraña razón, se expresaban familiaridad, dando origen a una de las expresiones más auténticas de vínculo entre los suachunos al llamarse mutuamente *primo*, de ahí que suachuno que se respete no solo cuenta con primos de sangre sino con un gran número de primos con los que comparte no solo el suelo que pisa, sino una historia común construida desde lo cotidiano.

Como si se tratara de una metáfora de la vida, la última transformación del parque de Soacha se dio a mediados del año 1997, el parque empedrado, con senderos y jardines, que acompañaban a las viejas cabinas telefónicas del pueblo y a las habituales casetas de almojábanas, dio paso a la plazoleta que se conoce hasta hoy; esa plazoleta enorme de adoquines y cemento que parece haber arrancado de un tajo, la memoria y tradición no solo de un lugar, sino de varias generaciones que forjaron sus vidas y para las cuales el viejo parque fue su escenario recurrente; ahora en esa plazoleta adoquinada en la que ya no hay verbenas, ni ferias, ni fiestas, sino un desdibujado Festival del Sol y la Luna que intenta con esfuerzo restaurar la memoria perdida de sus nuevos habitantes, y donde reposa también la escultura del cacique muisca que refleja la imagen del Varón del Sol, como un intento desesperado para crear nuevas apropiaciones de este territorio que alguna vez fue de los suachunos pero que ahora se reviste para ser el nuevo telón en el que quizá otros rostros, con variados acentos y costumbres foráneas gesten nuevas identidades para este espacio que hoy más que nunca demanda custodiar el arraigo.





Ilustración 3. El rigor del tiempo



Rastros. entre vestigios de fe y tradición

Dicen que no existe pueblo sin su parque ni parque sin su iglesia, por eso desde sus orígenes a Soacha lo ha acompañado como un faro constante y vigilante, la tradicional Iglesia de San Bernardino, que como guardián silencioso ha sido testigo de los avatares de este territorio; sobre esta iglesia giran relatos que amalgaman de manera magistral la realidad, el mito y la ficción, por eso no es extraño encontrar en las voces de sus habitantes de antaño historias variadas de su construcción, caída y reconstrucción; así lo comenta Jesús Osuna “Chucho”, como lo conocen sus amigos y la gente cercana, quien a sus 78 años sostiene con cierta melancolía y recelo, “es que Soacha ya no es la misma, la iglesia antigua esa sí era una verdadera iglesia digna del pueblo, ¡toda una catedral!, lástima que se haya derrumbado en el terremoto y que el diablo la haya destruido no solo una sino como tres veces” y es que, como este relato, existen variadas versiones sobre el suceso, sin embargo, los datos históricos señalan que la Iglesia de San Bernardino fue inaugurada en 1921 luego de casi tres años de construcción bajo la labor del sacerdote de la época Jesús Avellaneda, sumado a esto, los registros fotográficos revelan la imagen de una iglesia propia de la época con una arquitectura clásica, compuesta por una torre cuya cúpula servía de campanario acompañada de una gran nave central que se proyectaba desde el atrio hasta el altar, recinto que domingo a domingo recibía como un ritual a las mujeres beatas de la región hasta ese entonces rural y pueblerina.

Según cuentan sus pobladores, el jueves 9 de febrero de 1967, justo un día después de la celebración del Miércoles de Ceniza, un fuerte terremoto que sacudió al interior del país, arrasó en unos pocos segundos con esta clásica obra, dejando en pie en medio de las ruinas solo algunas columnas y paredes destruidas, con daños tan irreparables que impedirían su reconstrucción; años más tarde las autoridades locales y eclesiásticas iniciarían la nueva construcción de la Iglesia Parroquial de Soacha, en el mismo lugar donde se erigió un moderno templo que proyecta una arquitectura más contemporánea, la cual se mantiene hasta la actualidad, dejando atrás la racha de terremotos que la afectaron en el pasado y dibujando desde entonces una nueva silueta más simétrica pero igualmente icónica que sigue y seguirá vigilando las dinámicas de un lugar que ha hecho del cambio una constante.

Pero si la Parroquia de San Bernardino ha sido un faro para Soacha, las viejas casetas de las almojábanas se convirtieron con el pasar de los años en sus eternas cómplices del tiempo, en estos reducidos pero acogedores espacios de no más de tres metros cuadrados, cada día desde





Ilustración 4. "Toñita", ímpetu de mujer



las tres de la mañana cientos de mujeres que heredaron de sus bisabuelas, abuelas y madres los secretos de esta ancestral tradición gastronómica, empiezan a amasar con sus fuertes manos los ingredientes en los que se entremezclan la leche recién ordeñada, harina de maíz, harina de trigo, cuajo, sal, huevos y manteca, para así esculpir con suaves movimientos las almojábanas y garullas que luego embelesan de exquisitos sabores el paladar de los turistas, que acompañados con el embriagante sabor del masato de arroz, se impregnan de una rica historia forjada por el esfuerzo, trabajo y dedicación del matriarcado suachuno.

Y es que este delicioso manjar suachuno declarado en el año 2014 como patrimonio cultural e inmaterial de Cundinamarca que guarda en sus sabores toda la fusión ancestral indígena y su posterior encuentro con los españoles en el período colonial es, como lo menciona Gineth Obando, todo un legado, “en Soacha llevamos más de doscientos años haciendo almojábanas y garullas, haciendo la misma receta que hacían los indígenas, desde ese entonces hasta hoy no se ha cambiado nada, ni recetas, ni harinas y mucho menos hemos pensado en tecnificar absolutamente nada, todo es completamente artesanal, es el amor a nuestro producto y a nuestra identidad, ojalá esta tradición no se acabe nunca porque alrededor de esto se han construido familias enteras”; familias, que quizá sin saberlo, han contribuido a perpetuar en la historia ese patrimonio gastronómico, el cual hoy, al lado de la infaltable fritanga y rellena soachuna, son los sabores locales más reconocidos de la región del Tequendama.

A manera de colofón, es evidente que un parque como el de Soacha se convierte en custodio permanente de la cotidianidad de quienes encuentran en él un espacio amplio para la reunión, un lugar habitual para pausar el tiempo, o simplemente una vieja banqueta para contemplar la vida; y es como bien lo dijo Hernando, la primera voz que abrió esta crónica, “esto aquí ya no es lo mismo”, y quizá tenga razón, ese lugar de antaño el que guarda en su memoria, el que alguna vez recorrió de niño, al igual que él ha cambiado, se ha envejecido, pero también se ha transformado para seguir albergando otras caras, para seguir hilando otras historias de encuentros y desencuentros, para continuar escribiendo otros relatos que también serán recuerdos. Mientras tanto, cada tarde bajo el sol enrojecido de Soacha seguirán apareciendo otros hombres y mujeres sochunos de antaño, que como “Nando”, anquilosados en sus recuerdos y embriagados de memorias seguirán dibujando en rostros desgastados miradas incrédulas y tristes pues consideran han empezado a estorbar en un lugar que tiempo atrás fue de ellos.





Salto del Tequendama

Un lugar icónico...

Soacha es una tierra de contrastes; un escenario que evidencia de manera contundente las consecuencias de los diferentes procesos históricos por los que ha atravesado el departamento de Cundinamarca y Colombia. A lo largo del territorio que lo compone, el municipio nos habla sobre la vida rural, la violencia del país, la migración y la sangre indígena que corre por nuestras venas. El Salto del Tequendama: una historia de olvidos, amores y esperanza es una crónica que narra los sucesos más relevantes de esta importante zona del municipio de Soacha, a través de sus mitos, leyendas y realidades que deben su razón de ser a los habitantes suachunos, quienes durante el paso del tiempo se han convertido en protagonistas de la narración oral del municipio, a través de la apropiación de sus tradiciones, de su herencia indígena y de los ires y venires promovidos por los cambios propios de las dinámicas turísticas que se han gestado en el territorio.

Diana Carolina Arévalo Pinzón
Cronista

El Tequendama. historias de olvidos.

amores y esperanza



¶ Fue el fin de la edad de hielo, dicen algunos. Pero pocos creen. Fue Bochica, dicen otros. Y los herederos de los muisca así lo aceptan”. Es precisamente esta la afirmación que ha pasado por siglos, de voz a voz, entre la población suachuna, bogotana y sanantonuina, los más cercanos a la cascada natural del Salto del Tequendama, ubicada en el departamento de Cundinamarca, Colombia, y que debe su fama al dios Muisca y a los fantasmas que recorren su terreno de día y de noche, tratando de encontrar la ruta directa al paraíso.

Esta historia comienza muchos siglos atrás, con la llegada del pueblo muisca al centro del país. Uno de sus dioses, Bochica, encargado de enseñar a los indígenas a hilar el algodón y a construir lineamientos morales para su vida en sociedad, respondió las súplicas de su pueblo que, como consecuencia de un terrible diluvio que arrasó con viviendas y vidas, estaba al borde de la desesperanza. Como uno de los dioses más cercanos a los indígenas, y evidentemente preocupado por el destino de su gente, Bochica apareció sobre el horizonte, encima de un arcoíris que atravesaba los cielos de extremo a extremo y, con su báculo de oro, golpeó unas enormes rocas que terminaron por partirse en dos, mientras un gran estruendo se escuchaba en la tierra. Fue así como la inundación comenzó a desaparecer, y el agua se dirigió hacia esa abertura recién creada por el dios, para posarse allí por cientos de años en forma de cascada. Hay quienes dicen que el arcoíris sobre el que apareció Bochica en ese entonces no era más que un reflejo de sus ojos azules y profundos, de su cabello rubio y brillante como el oro, y del brillo destellante de su cayado. Hay otras personas que niegan rotundamente la leyenda, y se aferran a la posibilidad de que la cascada del Salto del Tequendama apareciese como resultado de los procesos de deshielo de la última Edad de Hielo, ocurrida hace milenios en lo que hoy conocemos como la sabana de Bogotá. Pero, si de versiones encontradas se trata, no hay que olvidar que fue un miembro de la Iglesia católica —el fray y cronista Pedro Simón— el primero en mencionar el mito creado alrededor de Bochica y de su papel en el origen del Salto del Tequendama.

Lo cierto e innegable de este tema es que, en la profundidad del municipio de Soacha, en un área boscosa y repleta de niebla, el río Bogotá cae desde una altura de más de 150 metros, formando así una de las cascadas más reconocidas de Cundinamarca. El interés turístico creado alrededor



Ilustración 5. Mito y tradición



del Salto, y el uso de las aguas del río para la construcción de represas hidroeléctricas para municipios aledaños, contribuyeron a que el territorio que alguna vez fue motivo de admiración por su fauna y flora, hoy sea un espacio más resultado de la contaminación y del exagerado crecimiento urbano de los entornos de la cascada.

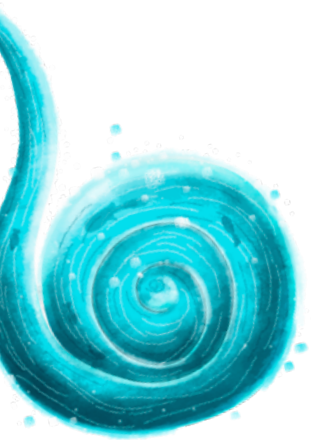
Un ejemplo de ello es el Hotel El Refugio del Salto, un suntuoso alojamiento creado en 1923 e inaugurado en 1927, que serviría también como lujosa estación del Ferrocarril del Sur. Esta edificación gestada por el entonces presidente, Pedro Nel Ospina, destacó al Salto del Tequendama como un referente turístico de la región, por su herencia indígena y por ser centro de atracción para científicos cautivados por la flora y fauna del territorio. Fue así como el hotel, durante varios años, hospedó a las personalidades más importantes de Colombia, sirvió como epicentro de importantes fiestas y reuniones, y convocó a turistas para la reconocida cascada. Sin embargo, en la década de los 50 el hotel fue vendido y, en su lugar, se instauró un restaurante de la más alta calidad y distinción, que estaría vigente hasta finales de los años 80, época en la que tuvo que cerrar sus puertas debido a la poca afluencia de público, claramente relacionada con los altos niveles de contaminación que evidenciaba el Salto desde entonces.

Fue así como la lujosa mansión creada para la alta sociedad colombiana entró en abandono y cayó en el olvido. Sus muebles se fueron desgastando con el paso de los años, como parecía hacerlo su historia.

Durante esos días de soledad y desidia, los únicos visitantes del Salto del Tequendama parecían ser viejos recuerdos de épocas que muchos habían dado por terminadas y que otros se empeñaban en olvidar. Tal parecía que aquellos días de muerte y desolación habían vuelto y que se convertirían en el único destino posible para el hotel abandonado y la cascada contaminada.

El lugar preferido para morir

Para algunas personas, el Salto del Tequendama no existe. Ese lugar, ubicado en la vereda San Francisco de Soacha, pasó a llamarse el Lago de los Muertos desde hace más de noventa años, cuando los suicidios que se llevaban a cabo en las inmediaciones de la caída de agua de la catarata se convirtieron en pan de cada día para los pobladores de la zona. Personas cansadas de vivir, otras decepcionadas de los azares del amor, y otras tantas solitarias y sin ilusiones, accedían a la





parte más alta del Salto, buscando una muerte segura e instantánea al lanzarse desde allí. Las condiciones climáticas y el ambiente natural del terreno eran garantía de que, además, el cuerpo nunca sería encontrado. Por eso, muchos se aventuraban a decir que, para el desesperado, no había mejor lugar para morir.

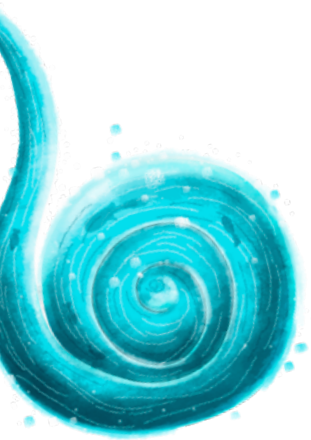
Y así fue, hasta el 22 de enero de 1941, cuando por primera vez se logró rescatar un cuerpo de ese cementerio creado en las profundidades del Salto del Tequendama. Una crónica de entonces del diario *El Tiempo* cuenta que el logro fue alcanzado gracias al trabajo mancomunado de varios conductores de la empresa Taxis Rojos quienes, empeñados en recuperar el cadáver de su compañero Eduardo Umaña, trabajaron durante nueve días hasta dar con su paradero: “Las aguas revueltas, convertidas en espuma, se levantaban en medio del ensordecedor estruendo y era materialmente imposible dar un paso adelante”, narran algunas de las líneas del diario colombiano.

En efecto, la tarea no fue nada fácil: además de luchar contra la naturaleza, los taxistas debieron evitar seis intentos de suicidio por parte de otro de sus compañeros, Jorge Bejarano, quien tenía un pacto de muerte con Umaña. La colaboración de la policía para velar por la vida de Jorge, y el uso de largas cuerdas, mucha fuerza, perseverancia y un buen sentido del olfato, permitieron dar con el lugar en el que se alojaban varios cuerpos en estado de putrefacción, entre esos, el de Eduardo Umaña.

Así como el Salto fue famoso por su ubicación y condiciones medioambientales particulares, se convirtió en centro de atracción para los suicidas de Soacha y de zonas cercanas. Eran tantas las denuncias de testigos viendo caer personas en las profundidades de la cascada, que la policía tuvo que designar personal para que vigilara permanentemente el terreno. Empero, esto motivó a quienes buscaban la muerte, a emprender su rumbo hacia el Salto en las horas de la noche, para cumplir la cita con la parca sin ser interrumpidos en el camino.

Pero los suicidios no solo se cometían a espaldas de los otros. La historia de José Suárez, exagente de policía, así lo demuestra. Él, que paseaba tranquilamente con Isabel Vargas, su novia, cerca de la caída de agua del Salto, intempestivamente se quitó su sombrero, puso en él un papel, besó a su amada y se lanzó a las profundidades de la catarata. Isabel quiso lanzarse detrás de él, pero un agente alcanzó a salvarle la vida.

Esto también ocurrió en 1941, año en el que además se conoció el caso de un joven suicida que, con la excusa de hacerle unas oraciones a la estatua de la Virgen ubicada cerca al Salto,





se arrojó al vacío. Nadie supo su nombre ni lo conoció, pero se convirtió en otro más en la larga lista de suicidados en el Salto del Tequendama, donde nombres como el de Adolfo Neuta, Carlina Garibello, Roberto Brunch y Gloria Osorio, han pasado de generación en generación, destacados como históricos suicidas del Salto, por los motivos por los que cayeron al fondo del abismo, o por ser protagonistas de historias de un amor imposible.

Pero lo que era el final para Eduardo, José y todos aquellos que se hundieron en las profundidades del Salto, en realidad, parecía ser el comienzo de una nueva forma de existencia. Varios testigos afirman haberlos divisado por las inmediaciones de lo que fue el Hotel El Refugio, o en los alrededores del río. Por lo visto, la conclusión trágica de sus historias los dejó estancados entre la vida y la muerte.

La vida más allá del Salto del Tequendama

Aunque históricamente las autoridades del municipio de Soacha han tratado de llevar a cabo las labores de rescate de cuerpos de manera oportuna, está claro tanto para habitantes como para funcionarios que en las aguas del Salto aún quedan muchos cuerpos sin ser encontrados. A este hecho, algunos le suman el mito urbano creado alrededor de los grupos armados al margen de la ley quienes, según dicen, aprovecharon el uso que los suicidas le dieron a la cascada para ocultar allí los cuerpos de las personas que asesinaban. Todo esto ha generado que el Salto del Tequendama sea percibido por muchos como un sitio que alberga misticismo, magia y hasta ocultismo. Así lo evidencian los relatos de varios habitantes del municipio y de los sitios más cercanos al Salto, quienes han confirmado a través del voz a voz y de medios de comunicación, que la niebla de la cascada no es solo producto de la contaminación o de condiciones ambientales. Ese frío, la penumbra, la zozobra del silencio y la soledad, han creado un espacio en ese lugar, donde el tiempo no existe, y las presencias de aquellos que han muerto, parece volver a manifestarse.

Ese es el caso de uno de los muertos más famosos del Salto del Tequendama y quien, además, para muchos es la primera muerte violenta registrada en ese lugar en el siglo XX: una monja. Las personas que conocen el caso afirman que la monja murió a causa de un accidente automovilístico: el vehículo que la transportaba se volcó y ella, al caer, perdió la cabeza. La monja, según cuentan los vecinos del sector, sigue caminando por las zonas cercanas a la cascada; se le ha visto deambulando, hasta perderse en la niebla o en la oscuridad de la noche.

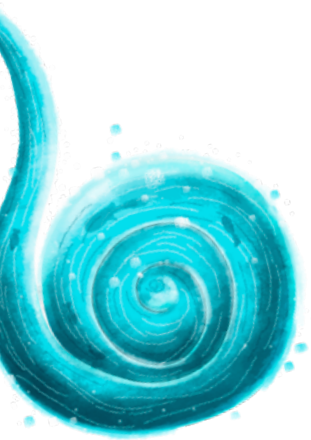




Ilustración 6. Funambular



Pero ese no es el único caso de avistamiento de fantasmas en la zona. Dentro de la casa que albergó el Hotel El Refugio del Salto, algunos visitantes afirman haber sentido presencias sobrenaturales mientras recorrían el lugar: puertas que se cierran o se abren solas, risas, pasos, susurros y hasta niños corriendo y jugando, son los más comunes de los hechos presenciados por turistas y curiosos que transitan por allí. Habitantes de la zona afirman que estos sonidos no son de hoy ni de ayer; son manifestaciones comunes que, incluso en la época en la que el hotel funcionaba, sus huéspedes afirmaban escuchar en horas de la noche, donde el silencio era uno con la oscuridad.

Y hay quienes van más allá: algunos vecinos de la zona afirman que los muertos que se cuentan en el Salto no son solo producto de accidentes, vendettas o suicidios, sino que la historia es mucho más antigua de lo que se conoce. Según dicen, los muiscas, primeros habitantes conocidos del lugar, usaban la caída de agua para ofrecer sacrificios a sus dioses, torturar prisioneros y obligar a muchos de ellos a lanzarse al precipicio. De ser cierta esta leyenda, los muertos del Salto del Tequendama serían muchísimos más de los que la historia haya podido contar hasta el momento, teniendo en cuenta que, durante una buena parte del siglo XX, se suicidaba una persona diariamente en estos terrenos del río Bogotá, según cuenta la tradición oral del municipio.

Soacha y el Salto del Tequendama hoy

El Salto del Tequendama fue motivo de una buena e importante oleada de turismo en Soacha durante parte del siglo XX. Sin embargo, los problemas de contaminación y el uso de las aguas del río Bogotá para la generación de energía, fueron apagando poco a poco la magia del que alguna vez fue uno de los atractivos turísticos más importantes de Cundinamarca.

Y es que ha sido tan drástico el cambio que ha sufrido este escenario con el paso del tiempo que, tristemente, hay épocas del año en las que la majestuosa e histórica caída de agua del Salto se convierte en un chorrito que parece perderse entre las grandes rocas que la circundan. El olvido estatal y la falta de interés por parte de la ciudadanía han opacado las historias de belleza, muertes y fantasmas que alguna vez sumaron fuerzas para destacar al Salto del Tequendama como punto de interés nacional.

Es por ello que en 1994, la Fundación Ecológica El Porvenir, entidad dedicada a la recuperación del patrimonio ambiental, histórico y cultural, pasó a hacerse cargo de la salvación del Salto, en

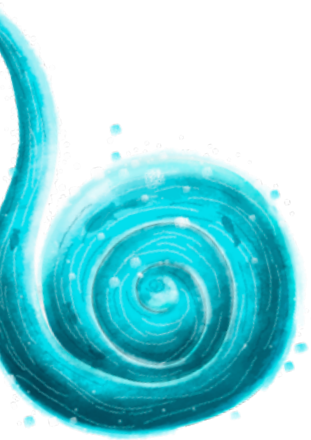




Ilustración 7. Lúgubre y sublime



aras de mitigar el impacto que dejaron años y años de abuso medioambiental y de desamparo social. Desde entonces, la Fundación ha jugado un rol muy importante en el rescate del territorio, pues a partir de procesos enfocados en la sensibilización de la comunidad, foros, y un inventario muy juicioso de la fauna y flora que aún habita el lugar, han promovido cambios relevantes y sostenibles en la zona. De hecho, la Fundación y su gente están tan comprometidas con el lugar que, incluso, se hicieron a la compra del inmueble que alguna vez dio cabida al Hotel El Refugio del Salto, puesto que su restauración es absolutamente necesaria e indispensable para que el Salto vuelva a ser lo que alguna vez fue.

A través del Instrumento para la Facilidad de Inversión en América Latina, causa promovida por la Unión Europea y la Agencia Francesa de Desarrollo, la restauración del antiguo hotel se enfocó en un objetivo único durante su transformación: convertirse en la Casa Museo Tequendama, un espacio pensado para el arte, la cultura y el reconocimiento del lugar. En sus inicios, durante 2013, el museo abrió sus puertas para las exposiciones del Sistema de Patrimonios y Museos de la Universidad Nacional de Colombia, entidad que también ha trabajado de lleno en la recuperación del Salto del Tequendama. Estos hechos, aunque importantes, no tienen comparación con lo que ocurriría en 2014: el Salto fue declarado bien patrimonial de Colombia.

En Colombia, un bien patrimonial es responsabilidad entera de la República, de manera que su administración la realiza el Estado; novedad que, en su momento, sirvió para aclarar oportunamente el presente y futuro del Salto del Tequendama: ya no volvería a ser tierra de nadie. En contraste, en 2016, la Gobernación de Cundinamarca declaró al Salto del Tequendama como Patrimonio Cultural de la Región, lo que implica una tarea juiciosa de recuperación documental, construcción de la historia de la zona, conservación, mantenimiento y protección del bien, entre otras labores que el departamento de Cundinamarca debe garantizar para el sostenimiento del Salto. Dentro de este mismo contexto, el Salto del Tequendama fue declarado como Bien de Interés Cultural Nacional, en 2018; y recibiría su máximo reconocimiento el 20 de noviembre de 2019, cuando el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible lo declaró Patrimonio Natural de la Nación, lo que pondría de manifiesto el interés nacional por la conservación y protección del ecosistema y del paisaje natural de este territorio suachuno.

Por su parte, la Casa Museo Tequendama funciona como entidad sin ánimo de lucro, de manera que los ingresos recibidos por los servicios que ofrece el lugar se invierten en otros programas

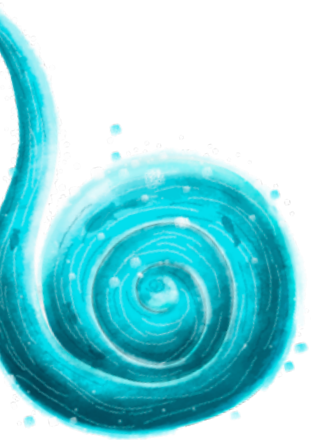




Ilustración 8. Legado ancestral

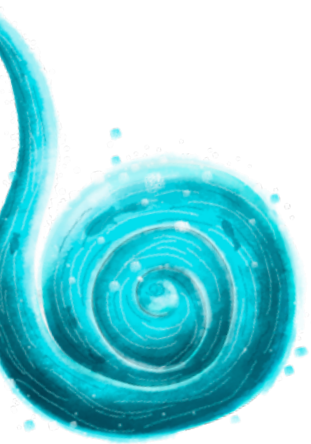


que desarrolla la Fundación Ecológica El Porvenir. Algunos de esos servicios son actividades pedagógicas, jornadas de reforestación, alquiler de espacios para eventos, entre otros. El sueño de la Fundación es que su trabajo enfocado en lo cultural y lo ambiental coseche los frutos esperados y, al asomarse por alguna de las ventanas del museo, sea posible divisar, nuevamente, un oso perezoso o alguna de las tantas especies que se creen extintas en los bosques vecinos.

Sin embargo, este sueño parece alejarse cada vez más con la reciente renovación de la concesión de las aguas del río Bogotá para la generación de energía eléctrica a Emgesa, empresa líder del sector energético en Colombia. Este acuerdo, aprobado por la Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca (CAR), deja un caudal ecológico de, únicamente, un metro cúbico por segundo (m^3/s), según informó María Victoria Blanco, directora de la Fundación Ecológica El Porvenir, en entrevista con la revista Semana Sostenible. Pero, ¿qué implicaciones tiene esta decisión? El caudal ecológico es el agua requerida para preservar el cauce de un río, así como la fauna y flora que lo rodea. De manera que, a menor agua, menores posibilidades de conservación ecológica y medioambiental para el Salto del Tequendama.

Este tema ha generado debates en Bogotá y Soacha sobre la necesidad de aumentar y garantizar la cobertura eléctrica de estas y otras zonas circundantes, beneficiadas por la tarea de las hidroeléctricas, en contraste con el impacto ambiental que ello implica. Y es que este no es un caso único del centro del país: Hidroituango y El Quimbo, por ejemplo, han sido tema de opinión nacional por las consecuencias sociales y ambientales que han generado a su alrededor como causa de su construcción. En el caso de El Quimbo, hay estudios que evidencian que, para su construcción y mantenimiento, han afectado más de 11.000 hectáreas de bosque seco del departamento del Huila. Esto, sin duda, da para pensar en los efectos de todo tipo que puede generar el bajísimo caudal ecológico con el que cuenta actualmente el Salto del Tequendama que, a pesar de ser Patrimonio Natural de la Nación, enfrenta una de sus peores crisis ecológicas en años. Esta grave situación ha removido las bases del concepto de ciudadanía entre los jóvenes pobladores de la zona y los ha motivado a que se apersonen de la recuperación del territorio a través de jornadas de siembra y de talleres, en aras de promover la salvación del Salto desde el empoderamiento ciudadano; tarea que no es ni será nada fácil, si el Gobierno continúa sin cumplir con su parte.

No obstante, otro aspecto importante de las relaciones entre el Salto del Tequendama y Soacha se evidencia en los desencuentros generados entre los vendedores ambulantes de la zona y la





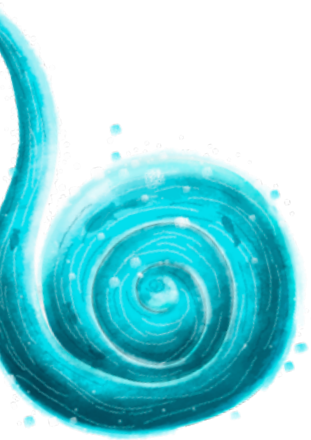
Fundación Ecológica El Porvenir, debido al manejo y uso del espacio circundante del Salto. Esta situación tiene sus raíces en la mitad del año 2014, cuando varios medios de comunicación local registraron una construcción ilegal ubicada cerca a la Casa Museo Tequendama, cuyo propósito parecía ser la ubicación de puestos comerciales informales, para sacar provecho económico de las visitas al lugar. Este hecho convocó a ciudadanos y funcionarios de la alcaldía local, quienes constataron que esta práctica laboral, aunque ilegal, ha servido de sustento para varias familias durante décadas, desde los primeros años de interés turístico del sitio, razón por la que tomar una decisión al respecto resultaba contradictorio con los habitantes del municipio, pero también con la Fundación, que ha gestado un trabajo relevante en la recuperación del Salto del Tequendama.

En ese entonces, y en aras de llegar a un escenario conciliador, se les solicitó a los vendedores que aplicaran estrategias de higiene para la manipulación de alimentos, y que le apostaran a promover, desde su trabajo, la limpieza y conservación del territorio. El entonces presidente de la Junta de Acción Comunal de la vereda San Francisco, Luis Romero, se ofreció como intermediador en el debate, para garantizar el cumplimiento de los compromisos por parte de los vendedores, y su derecho al trabajo. Sin embargo, representantes de la Casa Museo afirmaron en su momento que su mayor preocupación no era el comercio informal, sino la seguridad de la construcción elaborada por los vendedores, que podía poner en riesgo todo el trabajo desarrollado para la recuperación del turismo de la zona.

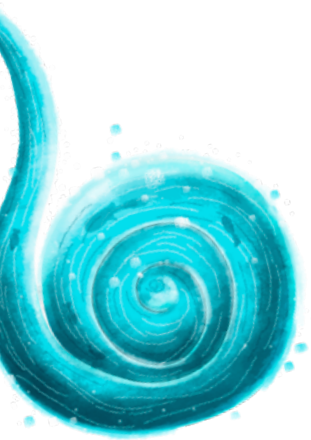
A pesar de la gestión realizada entonces, en 2017 el problema volvió a resonar a lo largo y ancho del municipio, cuando a través del medio de comunicación *Soacha Ilustrada* se evidenció que los desencuentros se habían convertido en amenazas por parte de la Casa Museo: “Ellos nos dicen a cada rato que nos va a sacar porque van a colocar una reserva natural (...) pero nosotros toda la vida hemos trabajado acá y no queremos problemas de ninguna clase, solo queremos adecuar nuestro puesto”, aseveraba Carmenza Ramírez, vendedora del lugar, en la entrevista entregada al medio.

El informe de *Soacha Ilustrada* no solo puso de manifiesto la ardua labor de las familias que han trabajado de manera informal en el Salto durante años, y que han convertido esta tarea en una forma de vida y en una tradición. También demostró que la comunicación entre los vendedores y la Fundación, aunque mediada por la alcaldía municipal, ha sido imposible.

Los años posteriores a dicha publicación han estado acompañados de un silencio incómodo de parte y parte, pero la reciente pandemia ha contribuido a alivianar los aires de disputa de otras



épocas. Tal parece que, ahora, el interés principal de la Casa Museo Tequendama, vendedores y habitantes de Soacha se enfoca en saldar la deuda pendiente con el Salto, en aunar esfuerzos para su conservación y preservación, desde la educación y la sensibilización de la población que lo visita, en memoria de una tradición indígena que se niega a desaparecer y del dios Bochica, que recorrió Cundinamarca para compartir la sabiduría de la Pachamama. El único agradecimiento posible es el compromiso ciudadano y la única salvación viable para el Salto del Tequendama.





Muerte de Luis Carlos Galán

Un hecho histórico...

El proceso de transformación y reconstrucción de la memoria histórica de esta crónica tiene como base la experiencia de los participantes testigos de la historia. Ellos son los protagonistas del recorrido narrativo que aquí se plasma a través de un fortalecimiento del relato, basado en sus identidades y su sentido de pertenencia por el municipio suachuno.

La tradición oral como fuente de transmisión de los sucesos anecdóticos recobra el valor necesario para convertirse en la evocación de uno de los sucesos más significativos en su historia. Un hecho que dividió en dos lo que se conoce de ella, pero que hoy es símbolo de resiliencia para quienes llevan en su sangre y en su memoria las raíces de la tierra del dios Varón.

Ángela Vega Gómez
Cronista

Galán. el eterno caudillo de Soacha



La vida por los ideales

“A los hombres se les puede eliminar, pero a las ideas no. Y, al contrario, cuando se elimina a veces a los hombres, se robustecen las ideas”, Luis Carlos Galán.

La importancia que en el ámbito nacional tuvo el magnicidio del líder político que se perfilaba como próximo presidente de la República fue un hecho que desde entonces marcó a la población de Soacha, quienes lo lloran, quienes lo admiran y quienes aprovecharon su asesinato como festín para estigmatizar a la población, aún hoy reviven el eco de lo que sucedió aquel día.

La tarde del 18 de agosto de 1989 se respiraba un aire de júbilo y felicidad en el vecino municipio de Bogotá. Para sus habitantes no era un día como cualquier otro, era el día en el que recibirían al quien se perfilaba como el próximo presidente de Colombia, Luis Carlos Galán.

La esperanza de un mejor mañana que estaba en sus manos, la esperanza de un mañana que nunca llegó. Las calles se engalanaban con globos, pancartas y toda clase de arreglos que le manifestaban apoyo al hombre que se había ganado el corazón de Colombia en una contienda marcada por su clara oposición a la corrupción, la mafia y el narcotráfico, un hombre que hablaba con la verdad, uno que había demostrado que la política sí se debía ejercer por y para el pueblo.


Cayó la tarde y con la noche apareció él. Atravesando las calles en una sencilla camioneta que lo llevaba hasta el Parque Central de Soacha en medio de la multitud. “El doctor Galán venía en una camioneta marca Dodge, venía ahí, bajó y se subió a la tarima”, recuerda Gonzalo Bohórquez quien aquel día se disponía como todos en Soacha a escuchar al caudillo en la plaza pública.

Allí puso pies en tierra y caminó hasta la pequeña tarima que lo esperaba, el líder político alcanzó a sentir el tablado bajo sus pies mientras admiraba a los suachunos enardecidos con la emoción a flor de piel que lo saludaban en medio de arengas, gritos de júbilo y esperanza.

Las pancartas con mensajes de apoyo y agradecimiento se ubicaban bajo la tarima y parecía que inundaban el lugar. La algarabía se tomó por unos preciosos instantes el momento que se ha congelado en la memoria del municipio.



Ilustración 9. Oscura noche



Sobre esa tarima, que fue construida esa tarde en medio de los nada rigurosos procedimientos que luego fueron denunciados y a los cuales se les atribuye gran parte de lo sucedido, estaba él.

De pronto, contagiado por esa algarabía alzó sus manos al cielo, elevó su saludo a los compatriotas que lo veían maravillados y sin preverlo el chaleco antibalas que lo protegía subió con sus brazos y dejó al descubierto su abdomen. En ese momento, tan solo 15 minutos después de su llegada a la plaza pública, los sicarios al acecho aprovecharon la ubicación estratégica que tenían desde debajo de la tarima para disparar, dispuestos a todo por ver caer al hombre que representaría el cambio en la historia para el país colombiano.

“Para que la gente no se diera cuenta tenían unas pancartas blancas con letras rojas donde decía “Viva el doctor Galán”, entonces levantaron dos de esas y en la parte de abajo de la tarima uno se podía meter agachado y desde ahí se presume que se infiltraron quienes luego lo asesinaron”, atestigua Gonzalo con melancolía.

El sonido de la ráfaga de disparos que emitía la ametralladora que apuntaron en su contra, silenció no solo su vida, sino la vida de la nación. Recibió 5 disparos, cayó al suelo en medio de la confusión de su esquema de seguridad, que apenas comprendiendo lo que pasaba, intentaba protegerlo. La multitud aún contagiada por la alegría confundía el sonido mortal del arma con el de la pólvora que le daba la bienvenida a la que sería una de las mejores manifestaciones públicas de apoyo a su candidatura.

“Mucha gente se asustó pensando que se quemaba la pólvora porque sonó la pólvora y los golpes de la pólvora los confundieron con la ráfaga de disparos. Los que realmente se dieron cuenta de lo que pasó fueron los que estaban adelante”, continúa Flor Vásquez recordando ese momento.

Y entonces, cuando comprendieron lo sucedido, reinó el caos. Las personas huían del lugar temiendo retaliaciones en su contra, la desesperación se tomó las calles adornadas y los jóvenes entusiastas que lo apoyaban no podían creer lo sucedido.


“Ese día también pusimos nuestro muerto, Soacha puso su muerto, se llamaba Julio César Peñaloza Sánchez, concejal de aquí”, asegura Emira Gómez. El concejal recibió una de las balas provenientes de los mismos sicarios que apuntaron al caudillo.

Mientras tanto, con la esperanza de paliar sus heridas y lograr salvarlo, Galán era llevado desde la tarima hasta el automóvil de César Gaviria, en el que fue transportado por la ruta del horror.





Ilustración 10. Sangre y patria



A pesar de que el Hospital de Soacha se encuentra a escasos minutos del Parque Central, tomaron la decisión de llevarlo hasta el Hospital de Bosa, donde fue asistido en la medida de las posibilidades del centro médico, pero dada la precariedad de los mismos para tratarlo, es necesario que, de nuevo, sea sacado de allí y sea trasladado al hospital más próximo, el Hospital de Kennedy.

Así lo relata Flor Vásquez, al recordar los angustiantes momentos que se vivieron aquella noche, “ni sabían dónde quedaba el hospital, no sabían para dónde ir con él, acá el hospital es muy pequeño y creo que ni lo dejaron entrar, que tocaba para el hospital de Kennedy, llegaron al Hospital de Bosa y de Bosa que no, que era mejor para Kennedy, entonces en todos esos trayectos que hicieron la atención se hizo muy demorada, esa pudo ser una de las causas de su muerte”.

La incertidumbre cobró protagonismo y con el pasar de los segundos, de los minutos que parecían eternos, los desgarradores gritos en las calles del municipio suachuno, lo confirmaban: “Mataron a Galán, mataron a Galán”.


Los instantes que significaban oro fueron escasos para salvarle la vida. Así también la vida de los suachunos fue sacada abruptamente de su cotidianidad. “Yo recuerdo que estaba haciendo mi carrera, yo era un galanista, y ese día tenía parcial y no fui porque iba a estar en el parque para ver a Galán y cuando sucedió eso sentí mucha rabia e impotencia de que esas cosas pasaran”, recuerda Luis Chía, un suachuno consagrado a su tierra.

Por su parte, Emira Gómez con sentimientos encontrados suspira mientras lo recuerda: “Yo venía precisamente de un control prenatal de mi hija cuando en la entrada de Soacha se oía gente que corría, había un trancón enorme y gritaba la gente que habían matado a Luis Carlos Galán, eso hubo de todo, incluso algunos aprovecharon para saquear almacenes, entonces eso fue terrible”.

Guillermo Rojas evoca los detalles como si el tiempo no hubiera pasado: “Ese día en mi casa no se había hecho la comida y arriba de la alcaldía vendían pollos, entonces mi mamá me dijo: ‘Camine y comemos’. Ella no podía caminar bien, entonces empezó el alboroto porque venía Galán y luego cuando pasaron apenas unos minutos mi mamá me preguntaba: ‘¿Qué es lo que pasa mijo?’, y al frente de la alcaldía ya pude ver cómo lo sacaban a él, cuando lo metieron a un automóvil, ya lo habían baleado”.

El amor que despertaba su vida inunda aún hoy la mente y el corazón de quienes ciegamente confiaban en él. “Lo conocí personalmente cuando vivía en Bogotá, estuvimos hablando, conocí





la personalidad tan noble y transparente de él, yo no dudaba cuando él se lanzaba de candidato para votar por él, yo me enteré por radio de lo que había pasado y fue un impacto bastante fuerte”, expresa Cecilia Vargas quien a sus 67 años lleva en su memoria la herida del horror político que tuvo que vivir a cuenta de la violencia de este país.

Luis Carlos Galán murió ante los ojos de un pueblo que contemplaba la esperanza de ver a su tierra renacer de entre las cenizas, cenizas que había dejado uno de los enemigos más grandes que Colombia ha podido sentir, el narcotráfico, el enemigo que también acabó con su vida.

“Hubiera sido un gran presidente porque en la mayoría de sus discursos él decía que, si llegaba a la presidencia, él iba a combatir totalmente los campamentos donde elaboraban la coca”, asegura fehacientemente Gonzalo Bohórquez, mientras en sus ojos las lágrimas se asoman ante el recuerdo de un suceso que preferiría nunca haber vivido.

Una afirmación que comparte con Guillermo Rojas, “son hechos que adolecen, entonces le da a uno rabia y recuerda eso con rabia de ver que un candidato que se identifica con el pueblo, que el pueblo lo quiere, se lo asesinen (...) nunca el pueblo ha podido elegir a quien quiere de verdad”.

La fuerza del pueblo. entre sangre y esperanza

Esa noche la imagen de un municipio que para muchos no existía, cambió para siempre. El magnicidio de Galán lo visibilizó, lo marcó, y dejó una cicatriz en la vida de quienes vivieron el horror que aún hoy parece no terminar. “En sí, pues ya quedamos marcados para toda la vida”, asegura Luis Escobar al reflexionar sobre el hecho que desde entonces vive en la historia de Soacha.


La visión del suceso es comparada con lo que hoy ocurre en el municipio cundinamarqués: “Me da rabia es que aquí llega cualquier cantante y cierran dos cuadras, ponen vallas de seguridad y ese día no había nada, ni esculcaron, ni vallas, nada. Los policías escondiéndose detrás de los carros y todo, no, mejor dicho, dejaron que él fuera asesinado”, asegura uno de sus habitantes. Los imaginarios colectivos sobre lo que representa el municipio, desde entonces, se han construido sobre bases que solamente se refieren a cosas negativas, tragedias y miedo.

Retornar la mirada a Soacha desde lo que marcó este hecho y compararlo con lo que en la actualidad vive el municipio da cuenta de esa transformación y estigmatización que se marcó,





Ilustración 11. Magnicidio y estigma



pero también el cómo la política siendo protagonista del hecho no solo perpetuó el miedo y la desconfianza por Soacha, sino que aún hoy usa toda su maquinaria no para ayudar al pueblo, la usa para manejar los votos a favor del más conveniente. Los ideales de Galán hoy son una deuda de la política para el pueblo.

Las generaciones más jóvenes, hijos de raizales e hijos del municipio del dios Varón, trabajan la memoria para no olvidarla, luchan por no regalarla al olvido. En el territorio se reconoce una responsabilidad compartida entre todos los actores que deben velar por su historia, los esfuerzos parecen llegar poco a poco para labrar el camino de regreso a sus raíces.

La melancolía es inevitable cuando sus mentes recuerdan al caudillo liberal, sin embargo, en el fondo, sus corazones saben que Soacha solo fue el infortunado destino, y que no fue un suachuno quien accionó el arma que acabó con la ilusión. Entonces, brilla la esperanza y el amor por la tierra que les dio la vida para vivirla.

“Yo como soachuna me siento muy orgullosa, queramos siempre a Soacha”, dice Flor Vásquez mientras se entusiasma al recordar todas las maravillosas oportunidades que ha tenido sobre el suelo suachuno.

Por eso a Guillermo no le tiembla la voz al afirmar que “Soacha no es solo como nos han marginado, abran su mente y vean lo que es Soacha de verdad, qué es lo verdadero hermoso que tenemos acá por eso uno se siente orgulloso de su pueblo”. De la misma manera, los suachunos coinciden en que, así como esta parte de la historia debe ser recordada también, debe serlo la historia de sus antepasados, la memoria de ellos que hoy con el crecimiento avanzado de la población parece perderse.

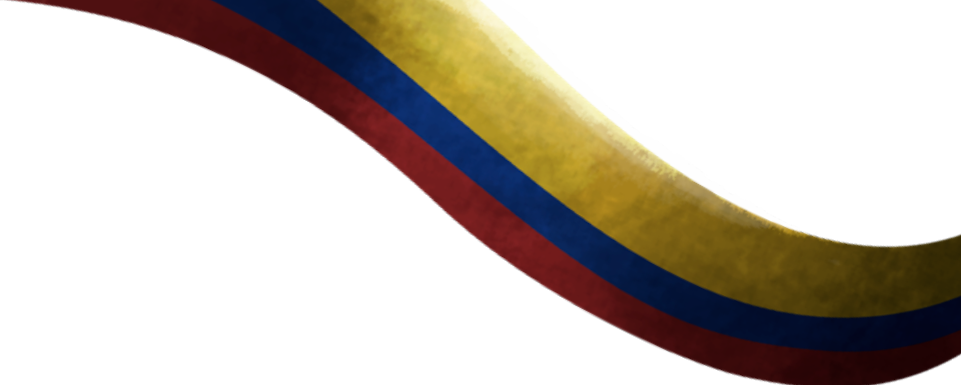
“Investiguemos, nunca olvidemos nuestros ancestros, ojalá que pudiéramos rescatar cosas que ya se olvidaron”, dice Luis Escobar seguro de que esa es la manera que existe para no perder la historia, porque como también lo afirma, la mirada debe estar puesta en el futuro y se debe reconocer que Soacha también es sinónimo de prosperidad porque aún queda mucho por hacer.

Luis Carlos Galán marcó un hito en Soacha, uno que merece ser contado, que merece ser recordado no solo como el suceso trágico sino como la fuente que podría permitir cambiar un estigma, un hecho que podría recordarle a las generaciones venideras que, aunque un asesinato ocurrió y señaló su territorio, también es una oportunidad para crecer, para forjar la idea de una nueva esperanza, de nuevos signos de paz y reconciliación.





Ilustración 12. Fuerza de un pueblo



La historia en dos hoy quiere levantarse, y sin olvidarse ni doblarse, quiere ser recordada como el símbolo de la fuerza de todos aquellos que creen en un mejor mañana. El imaginario colectivo a nivel nacional sobre el municipio se fue construyendo sobre bases como el magnicidio de Galán, que cada día parecen ensañarse con noticias que solo aumentan el dolor y la angustiante imagen de violencia e inseguridad del municipio; sin embargo, el pasar de los años y de la historia también ha demostrado la fuerza de cambio con la que ha evolucionado Soacha y con ella sus miles de habitantes que luchan día a día por borrar el estigma y construir desde sus raíces un mejor municipio para todos.

“La fuerza del pueblo está en la conciencia de sus derechos. En la conciencia de sus deberes (...) para que en verdad haya un salto cualitativo en la interpretación del país, en el conocimiento de sus realidades y posibilidades, todo colombiano tiene una tarea por cumplir”, Luis Carlos Galán Sarmiento.





Eugenio Díaz Castro

Un personaje...

Soacha es un territorio de extensa riqueza cultural cuyos vestigios datan de los primeros pobladores de estas latitudes: los muisca. Tiempo después, y con la disolución de los resguardos indígenas, este pueblo originario se vio en la obligación de asumirse como comunidad rural; suceso que transformó sus prácticas socioculturales; la tasa poblacional ha venido en aumento década tras década, a pasos agigantados. Así bien, como consecuencia de todo ello, llegan al territorio personas que desconocen gran parte de la riqueza cultural del municipio y de la intrahistoria, como diría Miguel de Unamuno, que se entretiene de relatos de comunidades y pobladores invisibilizados y marginados. Por consiguiente, esta crónica busca recopilar la vida y obra del escritor suachuno José Eugenio Díaz Castro y el cuadro que refleja desde su postura social y política en su obra emblemática *Manuela*, que esencialmente reivindica la perspectiva de nación desde los ojos y voces de quienes están fuera de los relatos hegemónicos.

Sebastián Olarte Fonseca
Cronista

La pluma olvidada



osé Eugenio Díaz Castro, oriundo del municipio de Soacha en Cundinamarca, trascendió en la historia colombiana, a través de su obra literaria más importante: *Manuela*. Una novela costumbrista que narra la historia de todo un país desde la perspectiva de los menos favorecidos y las divisiones políticas bipartidistas de las primeras décadas de la independencia. Esta obra literaria en sus inicios no tuvo el reconocimiento esperado debido a las críticas de los escritores de la época a su estilo narrativo y al proceder humilde del autor, elementos que resaltan en las historias de vida, reflexiones y dramas de sus personajes. Esta crítica obedecía también a la necesidad de los autores del momento, en prestar suma atención al lenguaje culto, que demostraba sapiencia y estatus social.

Díaz Castro nació el 5 de septiembre de 1803 y bautizado algunos días más tarde, el 8 de septiembre, en Soacha, por aquella época conocida como Suacha, nombre proveniente del *muysscubun*, lengua muisca, que se forma de la unión de dos términos Sua que significa sol, y Cha que traduce varón, como consta en el libro 10 de bautismos del Archivo Parroquial de Soacha. Durante sus primeros años de vida, habitó en la hacienda Puerta Grande, hoy en día cubierta por las aguas de la represa del Muña, propiedad que en ese entonces pertenecía a sus padres y que mostraba el panorama de un municipio rural cuya actividad económica principal era la agrícola; en contraposición al paisaje que se aprecia actualmente, donde las canteras han transformado y deteriorado los territorios campesinos, las industrias han contaminado el ambiente con sus aires de progreso y los vestigios de quienes estuvieron asentados aquí, son solo sitios turísticos abandonados por el Estado y que poco a poco sucumben ante la mirada de algunos valientes que aún luchan por el valor histórico de lo que algún día fue la tierra del dios Varón del Sol.

A inicios del siglo XIX las dinámicas de Soacha eran muy distintas, motivo por el cual Eugenio Díaz tuvo que desplazarse a la capital para llevar a cabo sus estudios en el colegio más antiguo de Colombia, el San Bartolomé. Sin embargo, afecciones de salud y el desafortunado incidente que tuvo al caer de un caballo en uno de sus viajes al visitar a su familia, ocasionaron su prematura salida de la institución educativa, teniendo así, que retomar sus estudios de manera autónoma. Esto marcaría la vida de Díaz de manera permanente, pues no se considera un escritor cuya preparación se haya especializado en las letras, contrario a la formación académica



Ilustración 13. Pluma y tinta



de muchos autores contemporáneos con él, que presumían su cercanía con las tendencias literarias provenientes del antiguo continente, eufemismo utilizado para validar la supremacía autoproclamada de los europeos sobre otras culturas del globo terráqueo.

Poco se conoce de los años que transcurrieron en la vida de José Eugenio hasta la publicación de su obra más emblemática, *Manuela*, en 1858. Se supone, con base en su texto autobiográfico *Mi pluma*, una oda a las distintas plumas que le acompañaron en sus viajes y momentos cruciales de su vida, que para ganar el sustento se dedicó a las labores del campo, sin dejar de lado una de sus mayores aficiones, la escritura. Entre 1851 y hasta poco antes de su muerte en 1865, Díaz Castro plasmó sus pensamientos en papel, no siempre en hojas prístinas dispuestas para tal fin, sino en todo tipo de superficies que le permitieran conservar de manera tácita las interpretaciones que hacía de la realidad que afrontaba la República de la Nueva Granada, más tarde llamada Estados Unidos de Colombia.

En 1857, se vio obligado a trasladarse de nuevo a la capital, pues su madre enfermó gravemente y tuvo que acompañarla. Allí inició su apuesta por publicar algunos de los manuscritos que había compilado en su trayectoria. El primero de todos, una novela corta llamada *Una Ronda de Don Ventura Ahumada*, producción escrita unos años antes, posiblemente en 1854, y que un amigo suyo le ayudó a publicar y llevar a la Imprenta de La Nación donde se reprodujeron algunas copias de este escrito que narraba la vida nocturna en Santafé de Bogotá, desde los ojos de un jefe político, autoridad de la época, Don Buenaventura Ahumada entre los años de 1825 y 1830. Este relato lo consagró como escritor y desde entonces su carrera comenzó en un ascenso relativo, pues años más tarde su escritura no sería tomada con la misma gracia.

Un año después, en 1858, José Eugenio tomó la iniciativa, y llevando consigo los manuscritos originales de su obra *Manuela*, llega donde uno de los autores célebres de la historia colombiana, el señor José María Vergara y Vergara, conocido como el primer historiador literario en Colombia y por fundar diferentes periódicos de corte literario. Precisamente, uno de estos en compañía de Díaz Castro, *El Mosaico*, que vio la luz el 24 de diciembre de ese mismo año y que fuese más adelante el medio por el cual se publicaría *Manuela* en diferentes entregas. Sin embargo, el mismo Vergara, quien inicialmente elogió el estilo costumbrista de Díaz Castro, detuvo la producción de esta obra en el capítulo 8, debido a que consideraba su escritura poco estilizada y por el uso de un lenguaje vulgar y descuidado, según su criterio.





En los años posteriores, José Eugenio continuó publicando algunos de sus escritos y artículos en diferentes diarios, hasta que en 1861 cae en cama, debido a una enfermedad que poco a poco consume su vida. Sin embargo, esto no es impedimento para que, desde su habitación, siga redactando y dando rienda suelta a su capacidad de interpretar la cruda realidad de una nación que se encontraba en constante cambio desde la Independencia. En este lapso, hasta poco antes de su muerte, el 11 de abril de 1865, Díaz Castro escribió *El rejo de enlazar*, *Los aguinaldos en Chapinero* y 32 capítulos de *Pioquinta o El Valle de Tenza*, novela inconclusa, pues no alcanzó a completarla antes de que la muerte le arrebatara su último aliento.

Eugenio Díaz se mostró siempre como un escritor de ruana, una persona que simpatizaba mucho más con el pueblo que con las élites; postura que se remarca en la mayoría de sus escritos, donde enaltece a los personajes, que al igual que él, tienen un proceder campesino y popular. Personas cuyas voces y relatos se encuentran fuera de la historia hegemónica, que se narra desde quienes ostentan el poder.

Si bien sus colegas escritores no vieron con buenos ojos su estilo narrativo, e incluso calificaron su obra cumbre como desaliñada, por contar con esta polifonía de relatos que estructuraban la historia desde diferentes perspectivas, pero con un lenguaje propio de quienes protagonizaban las luchas, vivires y sentires, *Manuela* finalmente se publicó póstumamente y de manera completa en 1866, y luego en París en 1889.

Polifonías que narran la realidad popular

Ahora bien, es importante resaltar que la historia de *Manuela* no se desarrolla en el municipio de Soacha, es una representación a la cultura popular y campesina de la época, que puede traducirse en la realidad de diferentes territorios que coincidían en la afectación que generaba la polarización de las posturas políticas; y en la poca participación y representación de quienes se consideraba estaban hasta abajo en la escala social. Es aquí, donde la obra ofrece una mirada distinta y diferenciadora de lo que normalmente se narraba, pues pone especial énfasis en las voces de personajes silenciados por quienes eran considerados cultos.

Para hablar del contexto social y político en el que Díaz Castro desarrolla la trama de *Manuela*, es necesario, en primera instancia, ubicar geográficamente y temporalmente los hechos de la novela;







para ello, debemos regresar en el tiempo, y situarnos en el año de 1856, época en la que tiene lugar la historia y que se entremezcla con las vivencias del autor en el municipio de Ambalema, un importante sector tabacalero, en el que en algún momento de su vida vivió, como lo expresa él mismo en un aparte de su escrito *Mi pluma*, “morando entre un salón lleno de prensas de tabaco”. Ambalema fue durante el siglo XIX el epicentro de uno de los primeros productos de exportación del país, el tabaco.

Manuela, a su vez, rompe con los imaginarios de la época que situaban a la mujer en el espacio privado y que las representaba como sumisas y subordinadas; pues la protagonista es descrita, y entre las páginas del libro se denota, su carácter fuerte, su independencia y su tesón para el trabajo. Además, allí aparecen otros relatos que se entretajan con las historias de los protagonistas como el de la Lámina, una prostituta; José Fitatá, un indígena; entre otros; que intentan recuperar esas historias que no se tienen en cuenta dentro de la historia, ni en la literatura oficial. La mayor crítica que hace Díaz en esta novela, marcada por las injusticias y la desigualdad de quienes son considerados cultos y quienes tienen capital cultural, económico, político, está en en contraste con la población campesina, originaria y popular, a la que se le invisibiliza completamente y se deja fuera de la construcción del Estadonación, es precisamente esa falta de integración de las poblaciones rurales en las lógicas de un país que pretendía alejarse de las perspectivas coloniales y que buscaba dar la vuelta hacia lo propio; pero que terminó sucumbiendo a modelos exógenos de organización, replicando lo que se venía trabajando desde el norte.

Haciendo un salto en el tiempo desde el siglo XIX hasta el siglo XXI, con gran tristeza se sigue evidenciando, desde otras perspectivas, el mismo problema estructural. Una población dividida por las clases sociales, por enfoques y posturas políticas; un territorio nacional en el que quienes piensan diferente son catalogados peyorativamente como subversivos. Han pasado un poco más de 150 años desde aquel relato de *Manuela* que buscaba reflejar entre sus páginas la realidad de una nación cuya estructura se basa en quienes tienen poder político y económico; y deja rezagados a quienes se considera, no importan dentro de los relatos que construyen el país y su historia. Con gran pesar, seguimos viendo las historias de líderes sociales asesinados, representando las *minorías*, término totalmente errado pues su discurso claramente minimiza las luchas e ideales de un porcentaje mucho mayor de la población; y como dentro de los discursos que se manejan, se les asocia con diferentes calificativos malintencionados, que intentan justificar estos crímenes y desviar la atención de una problemática que viene en aumento.





Ilustración 15. Páginas de lo rural



Volvamos nuevamente a la década de 1850, y notemos que Colombia, en ese entonces la Nueva Granada, era primordialmente rural, como lo siguió siendo hasta mediados del siglo XX. No obstante, las élites tenían una idea difusa de progreso para el país, pues todas las visiones heredadas del norte mostraban un panorama culto y casi utópico, que pretendía replicarse en el territorio. En ciertos momentos de la obra de Díaz Castro, *Demóstenes*, uno de los protagonistas y que ha tenido la suerte de viajar a Estados Unidos, compara las vivencias de su estadía en ese país con las de su llegada a la población de tierra caliente, lugar cercano a Bogotá, donde inicia esta historia y conoce a Manuela.

Si bien esta obra de Eugenio Díaz Castro no tuvo la misma suerte que *María* de Jorge Isaacs, que incluso se publicó 10 años más tarde, y gozó inmediatamente del reconocimiento de consagrarse como la primera novela en ser un éxito internacional; es *Manuela* mucho más fiel a la narrativa de los distintos sectores del país; contrario a lo que hace Isaacs en su estilo más unívoco, centrando la historia en la perspectiva de Efraín, el personaje principal, masculino, blanco y letrado; por consiguiente, cuando aparece algún relato diferente al normativo, lo hace para enaltecer esa cultura dominante.

No pretendo comparar ninguna de las dos obras en cuanto a estilos o calidad; pues cada una ofrece relatos únicos y una perfecta composición con el uso de la lengua escrita. Sin embargo, sí se hace necesario contrastarlas en cuanto a la posición que adopta cada uno de los autores para representar la realidad del país. Mientras Isaacs buscaba romantizar la época con un amor prohibido, desarrollando la trama entre haciendas y momentos de ocio, y narrando las tradiciones de familias adineradas y cultas; Díaz representaba a la gente humilde, sus vivencias, sus sentires, sus maneras de resistirse a dinámicas sociales y políticas que los oprimían. Un relato mucho más cercano y real que, desde *Manuela*, un personaje femenino, fuerte y adelantado a su época, representa esa otra mirada que dista de un país perfecto y utópico.

Es por ello que actualmente, para algunos y desde una visión crítica, *Manuela* se considera la obra costumbrista más importante del país, pues entre líneas es posible leer esa realidad incesante de Colombia; además permite identificar elementos narrativos que dan cuenta de las resistencias de la población campesina y popular; incluso me aventuraré a afirmar que el estilo narrativo de Díaz Castro, respetando las expresiones coloquiales y el lenguaje propio de los habitantes de estos territorios, es una contraposición y perspectiva contrahegemónica a la exagerada atención que los autores ponían al lenguaje que, desde las dicotomías de letrados e iletrados, cultos e incultos, legitimaban los abusos que la élite cometía en contra de mujeres, campesinos, indígenas, negros y pobres.





Ilustración 16. Renglones de reivindicaciones



Reivindicaciones efímeras

Por otro lado, las obras de Díaz Castro han ido cobrando mayor reconocimiento, aunque no el esperado de una obra tan rica en narrativas, en personajes multiculturales, en la representación de mujeres de carne y hueso, muy reales en su sentir y en su actuar.

Sin embargo, se han hecho, en formatos radiofónicos y audiovisuales, adaptaciones de *Manuela* que han respetado gran parte de esa visión del autor de encarnar estos diferentes matices de la cultura colombiana, que discrepan de obras del mismo periodo, que caracterizaban a una población homogénea desde el idioma, la religión, la postura patriarcal, entre otros aspectos.

Algunas de estas producciones son la radionovela de 1970 producida por la Acción Cultural Popular (ACPO), dirigida por Ricardo Castillo y adaptada por Andrés Pardo. Una entrega de 40 capítulos que culmina con un epílogo que, si bien no escribió propiamente Díaz Castro, resume esta pieza radiofónica desde la perspectiva central de su autor.

En continuidad temporal con las adaptaciones de la obra en otros formatos, encontramos *Manuela* en 1975, una telenovela protagonizada por Amparo Grisales, papel que le dio el rótulo de diva. Esta adaptación contó con 297 capítulos y, además con base en los premios que obtuvo como el de la Asociación Portuguesa de Escritores (APE) y el Antena de la Consagración, se posicionó como la mejor novela del año en que fue estrenada.

En la actualidad, en el municipio que lo vio nacer, se ha hecho una suerte de homenaje a la vida y obra de José Eugenio Díaz Castro, nombrando una avenida en su honor, una institución educativa con sede en la Vereda San Jorge, del corregimiento uno, sector rural, un barrio y un colegio, ambos ubicados en la comuna dos Soacha Central.

No obstante, aunque existen todas estas referencias, el desconocimiento de esta parte de la historia del municipio aún es abismal, y más cuando de personas foráneas se trata. Habitantes que, como dirían los personajes de *Manuela*, llegan de la capital y perciben el municipio como un lugar para pernoctar, pues su vida laboral está ubicada en Bogotá.

Finalmente, es importante recalcar que hacen falta proyectos de corte más cultural y literario que apropien a los habitantes, y nuevos habitantes del municipio, de historias como la de Eugenio Díaz Castro y otras tantas que hacen parte de acervo cultural de la tierra del Varón del Sol;





relatos, saberes, costumbres y tradiciones que son una remembranza de aquellos tiempos en los que Soacha era principalmente rural; reminiscencias de un territorio que no había sido absorbido por la urbe. Pues para amar, respetar y apropiarse de la tierra en la que hemos decidido echar raíces, es necesario conocer las memorias de quienes nos antecedieron.

Esperemos con gran fervor y confiando en las acciones de quienes se inquietan por escudriñar en las narrativas ocultas de la tierra del Varón del Sol, que se fortalezcan proyectos culturales, literarios, académicos, artísticos y muchos más; que persigan el sueño de apropiar a los habitantes, y nuevos habitantes, de historias como la de Eugenio Díaz Castro y otras más que hacen parte de acervo cultural de este territorio, que tanto tiene por ofrecer; que propendan por recuperar relatos, saberes, costumbres y tradiciones que son una remembranza de aquellos tiempos en los que Soacha era principalmente rural; reminiscencias de un territorio que no había sido absorbido por la urbe. Pues para amar, respetar y tener sentido de pertenencia por la tierra en la que algunos hemos nacido, o bien, otros hemos llegado y decidido echar raíces, es necesario conocer las memorias de quienes nos antecedieron y construyeron las bases de este espléndido lugar.





Altos de la Florida

Una realidad social...

La intención de esta crónica es transportar al lector para que conozca un lugar que a través de los años se ha transformado no solo físicamente, sino que ha sabido ser testigo de luchas, sueños y resistencias de personas buenas y resilientes, un territorio donde emergen historias que merecen ser contadas, una montaña que ha sabido ser refugio y hogar de miles de familias que un día llegaron a ocupar terrenos, con la ilusión de construir un futuro mejor. A través de estas líneas, se busca mostrar las cosas positivas de un barrio ubicado en la comuna seis del municipio de Soacha que lleva como nombre Altos de la Florida, un lugar que construye memoria a través de los relatos, símbolos y lugares icónicos que hacen parte del territorio. El lector tendrá la oportunidad de conocer una montaña que ha sabido sobresalir dentro de un municipio que a veces es juzgado y señalado negativamente, pero que para los hijos propios y adoptivos de la tierra del Sol Varón son más los buenos que los malos.

Paola Vásquez Fonseca
Cronista

Cuesta arriba. la voz de la montaña

El camino que conduce a la montaña



ace siete años que trabajo en el municipio de Soacha y desde la ventana de mi lugar de trabajo siempre observaba en las mañanas como el sol se asomaba por la cima de una montaña imponente, donde un camino largo y polvoriento sobresalía sin permiso alguno, senda que todos los días es recorrida por *jeeps* con motores lo suficientemente poderosos para subir, desde la base en una parte plana, hasta la cima de ese gigante dormido que desde arriba cuida y vigila parte del municipio de Soacha; esta elevada montaña no se esconde ante los ojos de miles de habitantes que desde la autopista sur lapueden observar con su aglomeración de casas y las tres cruces clavadas que sobresalen en su cúspide.

Para muchos habitantes del municipio, o para los miles de viajeros que por temporadas toman esta vía para salir de la caótica Bogotá, esta montaña puede pasar desapercibida, pero para los que la notan quizá despierte solo un pensamiento: el de un lugar invadido, peligroso y hasta algunos podrían catalogarlo como hostil y de difícil acceso; pero lo que no saben es que este lugar, al cual observo desde la ventana de mi oficina desde hace varios años, se convirtió en un lugar especial que guarda en sus calles memoria, historias y relatos de resistencia y resiliencia que trataré de narrar en estas líneas.

Altos de la Florida es un barrio ubicado en la comuna seis del municipio de Soacha, que a finales de los 80 y principios de los 90 pasó de ser un lugar rural, tranquilo, de verdes pastales que las familias suachunas solían visitar los fines de semana para relajarse y realizar actividades de esparcimiento, a un lugar que poco a poco comenzó a recibir de manera masiva y descontrolada a familias enteras, algunas huyendo de la violencia que azotaba al país y otras con el sueño de llegar a una gran metrópoli que les garantizara hacer realidad sus sueños de progreso, Bogotá, pero lo que no sabían era que llegaban a ocupar territorios baldíos del municipio más poblado del departamento de Cundinamarca, Soacha, ciudad del dios Varón, porque en lengua muisca (antepasados que ocuparon el territorio), Sua significa sol y Cha, varón; así fue como no solo el municipio sino la montaña, comenzaron a ser testigos de una de las más grandes migraciones que al interior del país se han registrado.



Ilustración 17. Cuesta arriba



Los primeros pobladores se ubicaron en el pie de la montaña, justo donde comienza a elevarse el terreno, allí iniciaron la construcción de las primeras casas con materiales básicos y económicos que les garantizaban protegerlos del frío de las noches y la lluvia intensa que se asomaba en los días grises; poco a poco, tanto la falda como la cima de la montaña albergaron a más familias que fueron ocupando el territorio. Al principio se creía que estos terrenos no tenían dueño, sin embargo, comenzaron a aparecer, como fantasmas de la nada, personas que reclamaban derechos sobre el suelo ocupado; allí comenzaron a emerger tensiones y resistencias entre los pobladores y los supuestos latifundistas que cobraban dinero por los predios; esta pugna originó en muchas ocasiones problemas de orden público, donde las autoridades del municipio se vieron obligadas a intervenir para calmar los ánimos. Cuando se habla de la historia de Altos de la Florida este es uno de los hechos más importantes que recuerdan sus habitantes, cuando piensan en su pasado, colectivamente llegan a su memoria las veces que como comunidad tuvieron que organizarse, y con estrategias casi de guerra, defenderse de los muchos intentos de desalojo que las autoridades emprendían con el único objetivo de sacarlos de ese territorio que ya les pertenecía y que se ha convertido no solo en su hogar sino donde pueden asentar sus raíces.

Hoy en día Altos de la Florida se divide en cuatro sectores, la mayoría del barrio se encuentra legalizado, con lotes demarcados y escriturados, pero esto no ha sido una tarea fácil; que el barrio ya sea reconocido por las autoridades municipales fue una lucha de años donde la comunidad no se rindió, al contrario, se organizó, aprendió a defender sus derechos, se capacitó para mejorar sus condiciones, sin embargo, esta apenas ha sido la primera batalla ganada.

El sonido más esperado

Cuando un asentamiento humano de origen informal pasa al estatus de la formalidad se supone que dicho proceso tiene como finalidad mejorar las condiciones de infraestructura vial, acceso a servicios públicos, equipamiento de espacios públicos, es decir, que las condiciones de vida mejoren para los habitantes de ese territorio, pero en el caso de Altos de la Florida esta batalla aún no la han ganado; al contrario, esta se ha convertido en la lucha diaria de la comunidad, sus palabras, peticiones, reclamos, quejas e inconformidades han sido ecos sordos para las entidades gubernamentales del municipio. Después de casi 30 años de habitacionalidad, la montaña no cuenta con servicio de acueducto y alcantarillado, en cuanto al servicio de luz y gas entre papeleos





y vueltas administrativas han adquirido estos servicios paulatinamente, como quien a cuenta gotas espera una pronta solución.

Pero volvamos a centrarnos en el agua, ese preciado líquido que es oro en medio de un desierto, si para algunos la lluvia es algo molesto, para los residentes de Altos , el agua que cae del cielo es una bendición; cuando Dios descarga sus nubes grises sobre sus calles, tienen la oportunidad de recoger en tanques que ellos mismos han adaptado fuera de las casas el valioso líquido, que posteriormente utilizarán para suplir necesidades básicas, como lavar los trastes, los sanitarios, los pisos o porqué no, limpiar sus cuerpos; pero cuando las nubes grises no pasan por el lugar, es cuando al barrio sube por su camino escarpado un héroe convertido en un carro tanque, que en vez de capa y antifaz tiene un caparazón metálico en su espalda, resguardando un tesoro único, agua potable, fluido indispensable para cocinar sin el riesgo de adquirir algún tipo de bacteria que ponga en riesgo la vida, porque si hubiese una emergencia tampoco habría un centro de salud cercano para atender la eventualidad (otra batalla perdida). Este héroe anuncia su llegada al barrio con un sonido único que ya se reconoce desde la distancia, para los oídos de los residentes la bocina significa comenzar a sacar de sus viviendas un desfile de canecas plásticas azules y blancas, diseñadas exclusivamente para la recolección del preciado líquido, estos recipientes en minutos comienzan a invadir en fila las calles del barrio, y mientras esto pasa, la bocina sigue sonando a lo lejos, pero, al mismo tiempo, las familias alistan el bolsillo para pagar entre \$2.000 y \$3.000 por cada caneca de agua, con la esperanza que lo que puedan comprar les alcance para largo tiempo, ya que el héroe visita la montaña cada 15 o 20 días, además, en algunas ocasiones el carro tanque no alcanza a surtir los cuatro sectores del barrio, y es ahí donde se convierte en antihéroe.

En la actualidad, gracias a la gestión de líderes comunitarios, al apoyo de organizaciones y personas que como ángeles ayudan en el territorio, existen los diseños para dar inicio a la construcción de una red matriz para el alcantarillado en un sector del barrio, pero se espera que, en un futuro no muy lejano, que los cuatro sectores y la totalidad de las viviendas cuenten con este servicio, para así liberar de una vez por todas del territorio, al héroe de capa metálica.





Ilustración 18. Carrotanque, vida potable



Lugares sagrados de tradición y veneración

Uno de los lugares más icónicos y representativos en Altos de la Florida es sin lugar a dudas el Cerro de las Tres Cruces, sitio que por varios años ha sido referenciado como espacio de veneración por miles de feligreses. Para los católicos, la Semana Santa es un tiempo de oración, reflexión, y porqué no, de arrepentimiento, por eso los lugares sagrados toman gran importancia y la cumbre de esta montaña no pasa desapercibida, no solo para los habitantes del barrio, sino también para otros pobladores de Soacha y otras localidades de la urbe bogotana, pues se convierte en el espacio perfecto para expropiar pecados o pagar algún tipo de penitencia; pero ningún perdón se consigue sin dolor o sacrificio, por eso miles de personas deciden, desde la parte baja del cerro, comenzar el recorrido del Santo Viacrucis a pie o algunos sobre sus rodillas, hasta la cima de este gigante dormido, para llegar cansados, exhaustos y hasta arrepentidos con el único objetivo de inclinarse ante las tres cruces clavadas en la tierra, símbolos de una fe inquebrantable, que en la historia del catolicismo se configura como esa representación del perdón de los pecados, pero al mismo tiempo de la alianza de amor entre el hombre y el ser supremo.

Aunque el lugar sagrado que muchos conocen bajo el nombre del Cerro de las Tres Cruces no siempre tuvo esta denominación, los raizales del municipio cuentan que antes de que los crucifijos fueran clavados, el lugar era conocido como el Cerro de las dos tetas, pero, ¿porqué esta connotación? Resulta que desde el horizonte, desde una perspectiva panorámica en Altos de la Florida, sobresalen dos cerros que tienen la forma de los senos de una mujer, es como si la montaña se configurara en su aspecto físico como una figura femenina, con un perfil protector de madre y amiga; por esta razón, la forma de esas dos colinas le dieron por años el nombre del Cerro de las dos tetas, pero esto cambió cuando un sacerdote de la Iglesia católica junto con la comunidad decidieron clavar tres cruces en una de las colinas y así fue como se reconfiguró el nombre del lugar.

Pero si una de las colinas tiene como guardianes tres crucifijos, la otra guarda tesoros y secretos ancestrales de los indígenas chibchas, que antes de la llegada de los españoles habitaban este territorio. Uno de los grandes indicios y pruebas contundentes de la presencia de nuestros antepasados en esta tierra son los descubrimientos de pictogramas plasmados sobre fuertes rocas, arte rupestre que revela esa sabiduría ancestral, que no solo se encuentra en la colina de



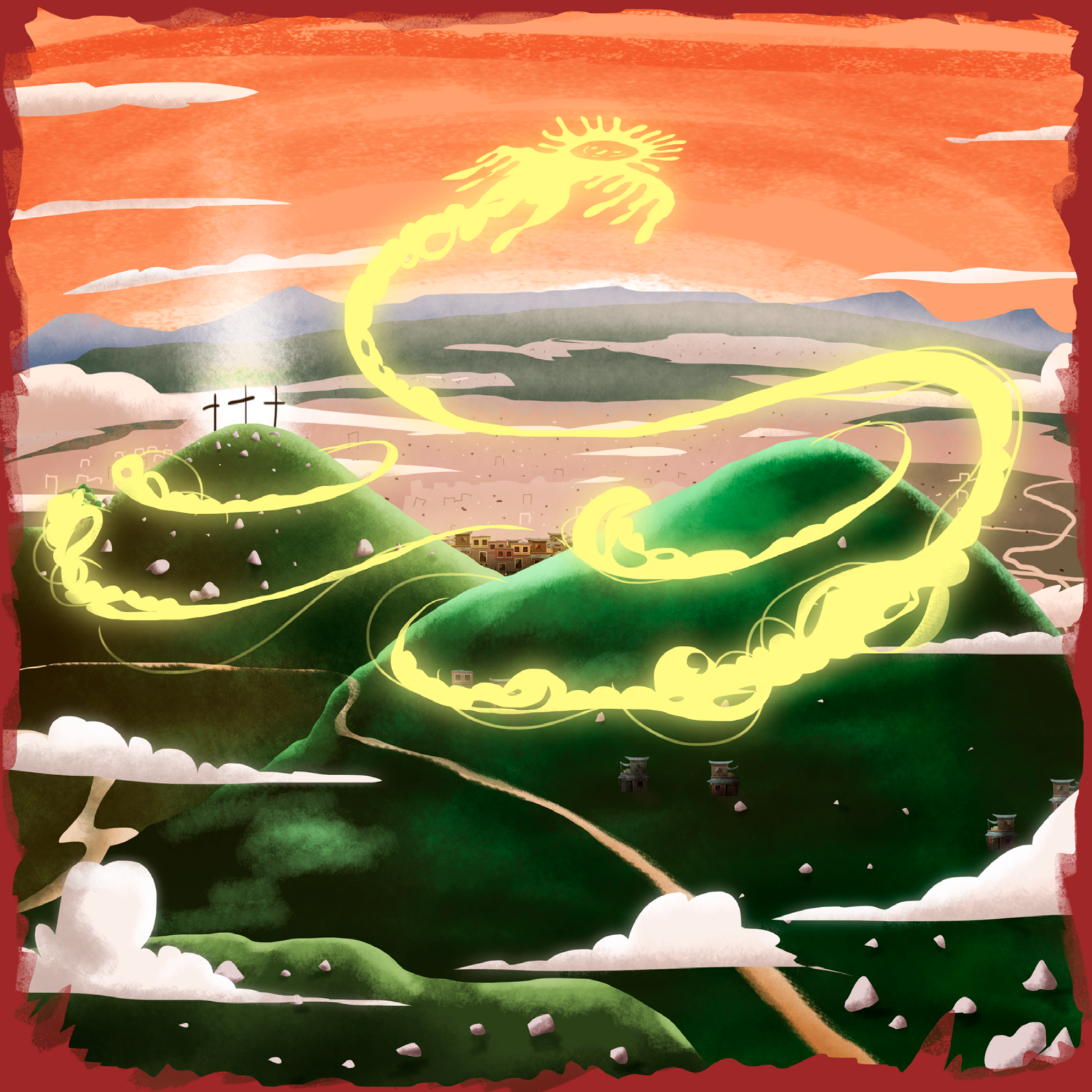


Ilustración 19. Cerro de las dos tetas



Altos de la Florida, sino en varias partes del municipio, convirtiendo a Soacha como cuidador de un patrimonio cultural y un tesoro arqueológico invaluable.

Así es como desde estas dos colinas, tanto tres cruces como espíritus sagrados vigilan y protegen la montaña, por eso los habitantes del barrio consideran estos espacios como lugares que merecen respeto y deben ser cuidados por ellos mismos, para no perder ese legado que por generaciones se ha transmitido, además de esas tradiciones que hacen parte de su memoria e historia.

El guardián del amor y los secretos

El amor, ese sentimiento frágil, verdadero, tierno, caprichoso y en muchas ocasiones doloroso, es el protagonista de este fragmento, pero esta vez el amor no estará representado en un hombre o una mujer, sino en el habitante más antiguo del barrio, testigo fiel no solo de la llegada masiva de los residentes sino de la transformación física del territorio; el Árbol del amor, conocido así por la comunidad, es el lugar más representativo y más importante de Altos de la Florida, este arbusto plantado hace cientos de años por alguien anónimo, guarda en sus hojas, raíces y tronco los secretos más íntimos de parejas de novios, esposos o amantes que bajo su sombra han encontrado un refugio para expresar con palabras y hechos el sentimiento más puro que pueda existir en el mundo.

El Árbol del amor es una planta de tronco leñoso, grueso y elevado que pertenece a la familia del *Eucalyptus gunnii* conocido como eucalipto, ubicado entre el segundo y tercer sector de Altos de la Florida; no se sabe con exactitud quién decidió plantar su semilla en una tierra, que aunque se creía era árida y seca, demostró que era lo suficientemente fuerte para dar paso al crecimiento de un árbol grande y frondoso, donde el viento todos los días visita y acaricia sus hojas largas, susurrando quizá palabras de amor; sus raíces también se han aferrado por años a un suelo arenoso que lo ha hecho fuerte, y sobreviviente a tempestades, sequías, borrascas y lluvias que por épocas azotan a la montaña; igual que sus residentes, el árbol ha sabido librar sus propias batallas, lo que lo hace un guerrero fuerte, resiliente y resistente.

El nombre del Árbol del amor tiene varias teorías, según lo que cuentan algunos habitantes del municipio, muchas parejas subían a lo alto de la montaña donde la planta sobresalía para convertirse en el único testigo del amor verdadero; también existe una leyenda que cuenta que





dos amantes, que no podían estar juntos porque su amor era prohibido, terminaron quitándose la vida bajo la sombra de este eucalipto, pero que, a diferencia de Romeo y Julieta, estos amantes fortuitos decidieron colgarse de una de la ramas del único testigo ocular de la fatal decisión, pero leyenda o no, lo cierto es que el nombre de este frondoso árbol nace de estas historias que son motivadas solo por el amor.

Su nombre también hace alusión a ese lugar de encuentro para muchos novios, amigos, esposos y amantes que allí se citan para dar rienda suelta a besos y caricias que hacen parte del cortejo. Como Cupido ha sido celestino de flechar a varios corazones, en su tronco como huellas imborrables quedan tatuadas palabras románticas, juramentos de amor eterno y hasta confesiones anónimas de amores imposibles; pero también sus raíces han absorbido y se han alimentado de las lágrimas que muchos han derramado por el amor no correspondido, dejando corazones rotos que siguen el sendero de la soledad, pero al fin y al cabo, el dolor y la tristeza también hacen parte del camino.

Al estar ubicado en un lugar estratégico del barrio y sobresalir desde la distancia, el Árbol del amor también es un punto de referencia y ubicación para aquellos forasteros que visitan por primera vez el barrio, y que por cuestiones de no existir una nomenclatura clara y precisa, terminan perdiéndose en el camino y no encontrando su destino; por eso es mejor decirle al visitante: “Llegue al Árbol del amor y ahí nos encontramos o espéreme en el árbol que ya salgo a buscarlo”. La mayoría de las familias de Altos de la Florida conocen y hablan del habitante más antiguo, por eso para ellos es el símbolo más importante del territorio. Hoy en día el árbol observa con nostalgia cómo las nuevas generaciones, entre risas y gritos, juegan fútbol en una cancha que fue construida a un costado, pero lo reconforta saber que su tronco aún sirve como descanso para aquellos que terminan exhaustos del juego.

Como la savia que aún recorre desde sus raíces hasta sus hojas y le dan vitalidad, él sabe que su presencia seguirá dándole vida al barrio y que los secretos que guarda bajo su sombra hacen y harán parte de la memoria de muchas generaciones pasadas y venideras.







Un centro de producción radial. un sueño aún en construcción

Como una iniciativa y un ejercicio pedagógico de un grupo de estudiantes de la Corporación Universitaria Minuto de Dios — UNIMINUTO del Centro Regional Soacha, más exactamente desde la clase de Lenguajes y formatos radiofónicos, nació la idea de crear un proyecto con un enfoque de responsabilidad social, valor agregado que caracteriza a la institución. Dentro del aula, con ingenio, curiosidad y con la convicción de aportar al desarrollo y cambio social, nace el proyecto “Reporteros comunitarios” que buscaba capacitar a líderes comunales basándose en la teorías de la comunicación y competencias propias del periodismo. En estos talleres de capacitación liderados por estudiantes y docentes, algunos habitantes de los diferentes sectores del barrio encontraron en la radio una herramienta capaz de transmitir los hechos más relevantes que ocurrían dentro del territorio; por eso, en alianza con las emisoras comunitarias del municipio, en las mañanas como expertos reporteros transmitían las noticias y hechos que se registraban desde la montaña, pero este ejercicio que solo se limitaba a ser informativo se fue transformando en un proyecto y un sueño mucho más ambicioso.

Con la convicción, la fuerza y la entereza que caracteriza a la comunidad de Altos lograron inaugurar un centro de producción sonora, gracias al apoyo económico y estratégico de entidades público-privadas que aportaron a que este sueño se hiciera realidad. En el segundo piso del centro cultural, una casa que es el lugar de encuentro para tomar decisiones importantes de manera colectiva, además de ser el espacio que se habilitó para recibir capacitaciones y formación, se instalaron equipos básicos de transmisión radial, para que los reporteros comunitarios capacitados en técnicas radiales comenzaran a producir desde sus propias voces programas que se transmitían desde lo alto de la montaña. Lo que se buscaba era que los habitantes se apropiaran de este espacio, y se convirtiera en un proyecto autosostenible, de emprendimiento, que no solo generara contenidos radiofónicos sino que fuera fuente de empleo y desarrollo para el territorio.

Al principio el entusiasmo y la motivación de las personas del barrio para que sus voces fueran escuchadas a través de los micrófonos del centro de producción fueron la constante, programas juveniles, musicales y noticiosos fueron parte de la parrilla de programación; desde Altos de





la Florida se enlazaban con otros medios comunitarios del municipio para informar, contar y narrar lo que sucedía en sus calles y su cotidianidad, además fue el espacio perfecto para que el resto del municipio mirara con otros ojos a esa montaña que se pensaba era foco de violencia y malas noticias. La comunidad con sus relatos buscaba cambiar esa imagen negativa que quizá muchos habitantes de Soacha tenían del barrio, además de llamar la atención de las autoridades gubernamentales para que se percataran y fueran conscientes de las necesidades que tenían, como la falta de agua potable, vías de acceso, entre otras.

Pero como toda vela que se enciende y poco a poco su llama se va extinguiendo, el entusiasmo de la comunidad por mantener la programación del centro de producción se fue debilitando, el no contar con un acompañamiento constante de la academia, de las organizaciones que hacían presencia en el territorio, sumado a la falta de compromiso de algunos habitantes, influyeron para que el espacio fuera perdiendo su poder transformador dentro del territorio, pero el golpe mortal que acabó con este sueño fue el hurto de los equipos tecnológicos hace varios años, cuando una mañana la comunidad despertó con la noticia que personas inescrupulosas ingresaron de manera violenta la noche anterior al segundo piso del centro cultural, llevándose los equipos de gran valor, no solo del centro de producción sonora, sino otros que se guardaban en la casa.

Este acto ruin y doloroso terminó por apagar las voces, relatos, vivencias e historias que se gestaban y transmitían por los micrófonos que algún día fueron la única arma de transformación que tenía la comunidad; sin embargo, a pesar de las circunstancias y de que nunca se pudieron recuperar los equipos tecnológicos, los moradores del barrio no se rinden, se niegan a perder la esperanza de que algún día, no muy lejano, de nuevo se enciendan los micrófonos de su emisora, para que la voz de la montaña vuelva a ser escuchada en todo el municipio y en otras partes del país.

Vidas cruzadas. historias de valor y resistencia

Vivir y adaptarse a las necesidades de un territorio como Altos de la Florida no ha sido fácil para sus habitantes, tener que luchar para obtener la legalización de sus terrenos, contar con servicios mínimos como gas y electricidad también han sido batallas que han tenido que librar de manera colectiva y organizada; y aunque sé que este barrio no es el único que se ha forjado de esta manera, pues la mayoría de los barrios que surgen en las periferias de las grandes metrópolis se





construyen y se establecen gracias al empuje, la resiliencia y la resistencia de grupos de personas que por defender sus derechos a tener una vida digna terminan organizándose y resistiendo colectivamente, lo que sí sé, y siempre me ha cautivado y despertado admiración,son las historias de vida que conozco de algunos de los habitantes de esa montaña, que diariamente observo desde la ventana de mi lugar de trabajo.Cada vez que mis ojos se encuentran con esa elevación de tierra, ese camino trazado inclinado, polvoriento, y ese conglomerado de casas construidas de diferentes materiales, a mi me memoria llegan las voces de esos habitantes que a través de una grabadora que usamos los periodistas para no perder ningún detalle, han compartido sus historias de vida cargadas de sueños e ilusiones, han abierto su corazón para mostrarme y ser testigo fiel de esas disputas, luchas, batallas a veces ganadas, a veces perdidas,pero que han sabido enfrentar de manera colectiva y cooperativa.Uno de los hechos más representativos que evocan el recuerdo, sobretodo en la memoria de los cuatro líderes comunales. Para Mercedes, Álvaro, Alex y Miguel, presidentes y representantes de cada uno de los sectores del barrio ante la junta de acción comunal, eslas veces que tuvieron que salir junto con la comunidad a defender sus lotes de los desalojos que las autoridades municipales querían emprender contra ellos porque los veían como invasores: uno de los líderes narra que fueron hasta tres desalojos los que tuvieron enfrentar, armados solo con su valentía;se acuerdan que la gente corría por las calles avisando a vecinos y amigos para salir y así entre todos formar una línea de fuerza y resistencia evitando salir de esas parcelas que muchos de ellos inclusive alcanzaron a pagar a latifundistas que se creían dueños de esos terrenos, pero que gracias a la ayuda de organizaciones y tutelas impuestas por la misma comunidad no los pudieron desalojar. La legalización de los cuatro sectoresse ha dado de manera progresiva, inclusive como regalo de Año Nuevo, solo hasta el 31 de diciembre del 2019 se terminó de legalizar gran parte de estos terrenos, aunque hoy en día este proceso se puede contar como una anécdota más, para las comunidad de Altos de la Floridaes uno de sus recuerdos más valiosos, una joya invaluable que hace parte de su historia de luchas y resistencias.

Pero en la montaña no solo se entretujan historias colectivas, también sobresalen relatos individuales de valentía, donde los sueños sí se cumplen, como el de Jessica, una mujer, que llegó hace 12 años a instalarse al sector tres del barrio,con la ilusión de sacar adelante a sus cuatro hijos y con la convicción de aportar económicamente al sustento de su hogar, se le ocurrió una idea de emprendimiento que no solo le aportaría ganancias sino que le prestaría de paso un servicio a la comunidad. Dicen por ahí que de las necesidades nacen las grandes ideas y esta no





fue la excepción, a Jesica se le ocurrió una idea de negocio que consistía en alquilar lavadoras por horas, con un plante inicial Jessica logró adquirir una lavadora que al principio alquilaba a sus vecinos más cercanos, pero que con el transcurrir del tiempo, como todo negocio, comenzó a crecer y conocerse en el resto de sectores; esto significó que Jesica sin pensarlo, como Hércules de la mitología romana, sacara las fuerzas necesarias de su diminuto cuerpo para cargarse la lavadora al hombro y así llevarla a la puerta de las casas de sus clientes. Para esta valiente mujer la rutina comenzaba desde las 5:30 de la mañana hasta las 11:00 de la noche de domingo a domingo; no importaban las inclemencias del clima, sus largas caminatas cargando en su hombro una máquina de aproximadamente 20 kilos eran acompañadas a veces por una lluvia intensa y en otras ocasiones por el sol inclemente que hacía estragos en su pálido rostro, pero esto no la inquietaba y mucho menos la desmotivaba, lo realmente importante para esta madre era ofrecer un buen servicio donde le pagaban \$2.000 por la hora o \$5.000 por el alquiler del artefacto.

Gracias al programa de fortalecimiento comunal que varias organizaciones presentes en el territorio dictaban a la comunidad, Jesica se capacitó y desarrolló habilidades básicas de administración, lo que le sirvió para arriesgarse y solicitar un préstamo a una entidad financiadora, logrando así pasar de tener tres a siete lavadoras que alquilaba, además de ampliar su negocio también ofrecía sus servicios de lavar ropa desde su casa, lo que le ayudó a cubrir los gastos necesarios de su hogar.

Pero como todo negocio que conquista un mercado, la competencia no se hizo esperar, poco a poco las personas del barrio vieron un negocio rentable y también se arriesgaron a adquirir sus propias lavadoras que alquilaban a los más cercanos; por eso Jesica como una mujer visionaria dejó de lado este negocio para perseguir otro de sus sueños y que actualmente materializa, el de tener su propia empresa de ropa. Con los ahorros que tenía producto de su primer emprendimiento, compró una máquina de coser y junto con su exsuegra comenzaron a confeccionar y a coser. Actualmente esta menuda mujer de sonrisa contagiosa ya tiene tres máquinas, una fileteadora, una collarín y una plana; en su pequeño taller esta mujer sigue construyendo sueños, cosiendo con cada puntada un futuro para ella y sus cuatro hijos, porque está convencida que las limitaciones se las coloca uno mismo, y que el que quiere puede, sin importar los obstáculos que se encuentre en el camino.

Jesica es un ejemplo para la comunidad, su fortaleza y empuje la llevaron a ser escogida como representante de toda Suramérica por Naciones Unidas para contar su experiencia y su idea





de negocio dentro del proyecto de empoderamiento femenino en Nueva York, ella que nunca había montado en un avión, viajó a la capital del mundo para vivir una de las experiencias más hermosas y gratas de su vida, sus ojos se llenan de lágrimas y la voz se le quebranta al recordar que estuvo en un escenario tan importante contándole a otras mujeres su emprendimiento y su historia de vida. Esta mujer aún tiene muchos sueños por cumplir, como terminar su técnico laboral en Patronaje industrial, y posteriormente seguir estudiando economía e inglés, pero lo más importante es seguir forjando un futuro para sus cuatro hijos, porque anhela que ellos tengan la oportunidad de acceder a la educación superior.

Historias como las de Jessica se repiten con distintos nombres y rostros en Altos de la Florida; en el territorio existen héroes que sin poderes mágicos trabajan, se esmeran por sacar adelante su comunidad, como Florida juvenil un colectivo de jóvenes que a través del arte, la danza y el teatro le ofrecen a los muchachos del barrio otras alternativas de esparcimiento, cultura y diversión con la única intención de alejarlos muchas veces del camino de las drogas y la delincuencia; también hacen presencia organizaciones sociales que apoyan a la comunidad para sacar adelante los proyectos que se han trazado colectivamente, como la construcción de la matriz del acueducto, entre otros.

Sin importar las veces que los han ignorado o cerrado las puertas, los habitantes de esta hermosa montaña seguirán adelante, resistiendo, organizándose, luchando por un bien común y levantando su voz para ser escuchados, por eso, cuando se les pregunta que describan su barrio en una sola palabra o en una sola frase, de sus labios solo se escuchan términos como “resiliencia”, “humildad”, “Altos de la Florida, un renacer”, “vivo amañado y orgulloso de vivir en mi barrio”, “Altos de la Florida es un lugar hermoso, siempre y cuando usted lo vea con ojos bonitos”, entre otras; o al ver los ojos de Brenda, una joven del barrio llena de sueños e ilusiones, me doy cuenta que la montaña que llevo contemplando por más de siete años desde mi lugar de trabajo, y ya con el sol ocultándose por el occidente, es un gigante viviente que se niega a callar, que ha sido durante años el hogar y refugio de muchos, desesperanza de pocos; que aún en sus calles, lugares de encuentro, cotidianidades, conversaciones de amigos, vecinos, juegos infantiles, hasta en los susurros que lleva el viento hasta su cumbre, existen historias que merecen ser contadas, registradas en relatos únicos, porque es allí donde la memoria de un territorio cobra vida para darle sentido a una existencia, es, en este punto, donde la palabra se convierte en verbo para permanecer en el tiempo y no perderse en las penumbras del olvido.





Pueblito de mis cuitas de casas pequeñas
por tus calles tranquilas corrió mi juventud.
En ti aprendí a querer por la primera vez
y nunca me enseñaste lo que es la ingratitud.

Hoy que vengo a tus lares, trayendo mis cantares
y con el alma enferma de tanto padecer.
Quiero pueblito viejo, morirme aquí en tu suelo
bajo la luz del cielo que un día me vio nacer.

José A. Morales.

Referencias

- Acuerdo No 46 de 2000. Por medio del cual se adopta el Plan de Ordenamiento Territorial del Municipio de Soacha. 27 de diciembre de 2000. <http://oaica.car.gov.co/archivos/1393367993pot.pdf>
- Aguilar,P. (2008). *Políticas de la memoria y memorias de la política*. Alianza Editorial.
- Alfaro, M. (2000). Culturas populares y comunicación participativa: en la ruta de las redefiniciones. *Revista Razón y Palabra*, (18). <http://www.razonypalabra.org.mx/antteriores/n18/18ralfaro.html>
- Bernal, C. (2010). *Metodología de la investigación*. Pearson.
- Caparrós, M. (marzo de 2007). *Por la crónica*. [Ponencia]. Actas del IV Congreso de la Lengua Española, Cartagena, Colombia. <https://congresosdelengua.es/cartagena/paneles-ponencias/esp%C3%B1ol-integracion-comunicacion/caparros-martin.html>
- Carr, W. y Kemmis, S. (1986). *Teoría crítica de la enseñanza. La investigación-acción en la formación del profesorado*. Martínez Roca.
- Departamento Nacional de Estadísticas (DANE). (2010). *Proyecciones nacionales y departamentales de población 2005-2020*. https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/poblacion/proyepobla06_20/7Proyecciones_poblacion.pdf
- García-Bilbao, P. A. (2002). Sobre *el concepto de memoria histórica, una breve reflexión*. <http://wp.me/pF2pW-3X>
- Gumucio, A. (2004). El cuarto mosquetero: la comunicación para el cambio social. *Investigación & Desarrollo*, 12(1), 2-23. <https://www.redalyc.org/pdf/268/26800101.pdf>
- Halbwachs, M. (1968). *La memoria colectiva*. Anthropos Editorial.
- Hobsbawn, E. J. (1989). *La era del Imperio, 1875-1914*. Labor.

- López Vigil, J. I. (2005). *Manual urgente para radialistas apasionados*. https://radioteca.net/media/uploads/manuales/2013_10/ManualUrgenteRadialistas.pdf
- Martín Barbero, J. (1984). De la comunicación a la cultura. Perder el 'objeto' para ganar el proceso. *Revista Signo y Pensamiento*, 3(5), 17-24. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/signoypensamiento/article/view/5790>
- MartínVivaldi, G. (1987). *Géneros periodísticos: reportaje, crónica, artículo (análisis diferencial)*. Paraninfo.
- Martínez, T. (2009). *Lugar común la muerte*. Editorial Alfaguara.
- Nieto, J. El deber de la memoria, la imposibilidad del olvido. Alcances ético-políticos. *Reflexión Política*, 8(15), 80-92. <https://www.redalyc.org/pdf/110/11001507.pdf>
- Nora, P. (1984). *Les Lieux de mémoire*. Gallimard.
- Nora, P. (1998). La aventura de Les lieux de mémoire en Cuesta Bustillo, J. (Ed.), *Memoria e historia* (pp.17-34), Marcial Pons.
- Páramo, P. (2008). *La investigación en ciencias sociales: técnicas de recolección de información*. Editorial Universidad Piloto de Colombia.
- Sánchez, G. (2011). *La memoria histórica desde la perspectiva de género, conceptos y herramientas*. https://www.centrodehistoriahistorica.gov.co/descargas/informes2011/la_reconstruccion_de_la_memoria_historica_desde_la_perspectiva_de_genero_final.pdf
- Sampieri, R., Fernández Collado, C. y Lucio, P. (2006). *Metodología de la investigación*. McGrawHill.
- Vásquez Rodríguez, F. (2006). *Destilar la información. Un ejemplo seguido paso a paso*. <https://fernandovasquezrodriguez.wordpress.com/2016/09/01/interpretar-la-informacion/>, p



Voces y Rastros

Crónicas de la memoria histórica de Soacha

Las páginas de este libro se convierten en una invitación abierta al lector para que conozca, de manera más íntima despojada de prejuicios y vanidades académicas, los relatos, remembranzas e historias de un pueblo que esconde entre el ruido y el caos de sus calles, memorias y reivindicaciones que se resisten a desaparecer a pesar del implacable rigor del tiempo. Cada crónica, sin ambición alguna, recoge expresiones, percepciones e imaginarios de suachunos que perdidos entre la cotidianidad de sus calles y el calor de sus casas aunaron sus voces voluntariamente, mientras desempolvaban en la memoria recuerdos y relatos que hoy son recogidos como legado.

De esta manera, sumergirse en los renglones es a su vez emprender un viaje por caminos escarpados del territorio, para entender, como lo señala el título que acompaña a cada crónica, que en Soacha las voces de sus habitantes gritan “esto aquí, ya no es lo mismo”, que en su sitio más representativo y ancestral, el Salto del Tequendama, se siguen tejiendo historias de olvidos, amores y esperanzas, y que en este mismo suelo donde alguna vez se derramó la sangre de Galán, el eterno caudillo del país, fue también la cuna que vio nacer la pluma olvidada de un pueblo, pueblo digno donde a pesar de sus luchas, se sigue escuchando cuesta arriba la voz de una montaña que vislumbra un horizonte resiliente y esperanzador.



UNIMINUTO
Corporación Universitaria Minuto de Dios
Educación de calidad al alcance de todos

Bogotá D.C. Calle 81 No.72B-70
Teléfono: +(57) 1 291 6520
www.uniminuto.edu.co